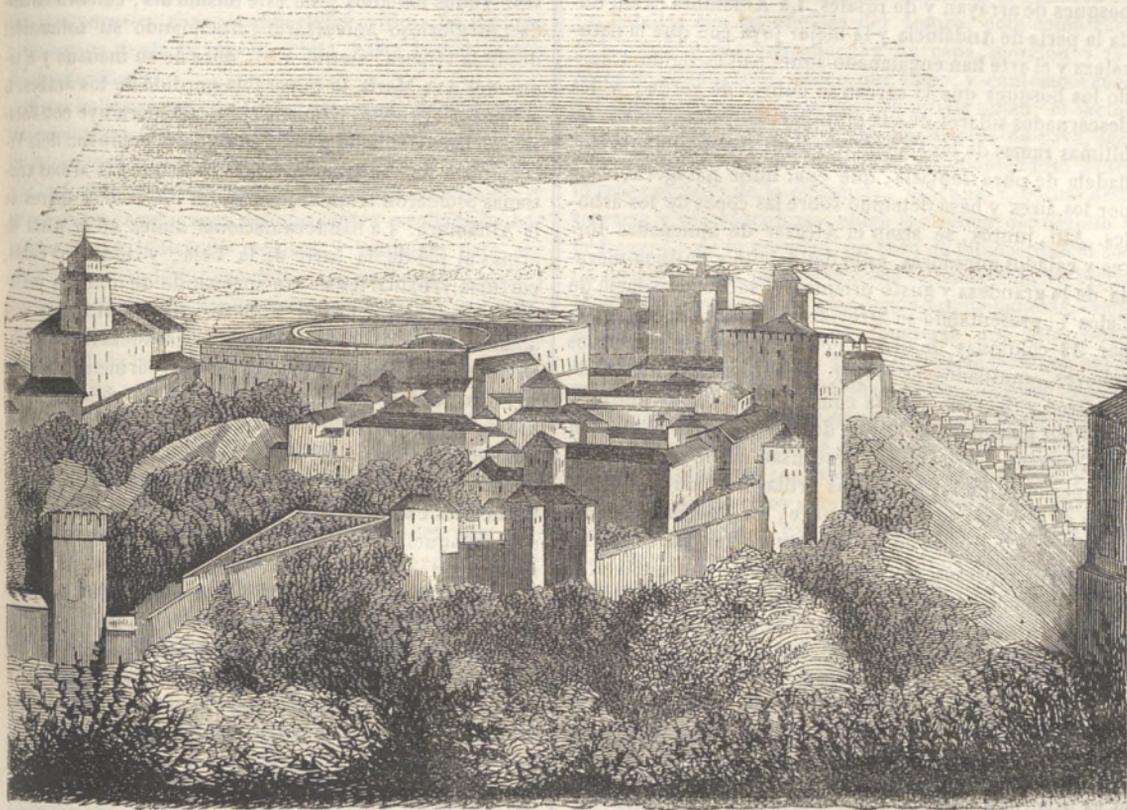


CRONICAS DE GRANADA.



(Vista de la Alhambra de Granada tomada desde el Palacio del Generalife.)

EL DOS DE ENERO.



Salguna vez, lector, tienes la dicha de pisar el suelo de Granada, antes que hayas sacudido el polvo del viaje, ni hecho modificación alguna en tu vestido de camino, dirígete, imitando en esto al distinguido extranjero Gauthier, y por donde mas pronto llegues al solitario Generalife; y yo te

diré, que tan pronto como hayas tendido la vista al divino paisaje que se descubre desde los miradores de este retiro esclamarás con aquel poeta francés *«feliz yo que he visto*

lo mas hermoso del mundo.» Se presentará á tus ojos un inmenso y delicioso anfiteatro cerrado por una cadena de montañas perdidas en lo infinito y degradados sus colores en leves y nebulosas tintas de carmin y violeta, oscuro azul y refulgente oro; ó bien por otro lado, vestidas con un eterno manto de blanca nieve: un horizonte claro, siempre alegre y espacioso, donde tu pensamiento volará fatigado tan solo por no poder fijar cual es el término mas bello: el suelo de este vasto circo siempre alfombrado de verdosos é inmensos olivares, toda clase de arbolado y espesas alamedas, tapiz florido que remata al pié de la ciudad, y sobre el que se ven derramadas un sin número de aldeas y caseríos con mil pueblos de vista pintoresca: en lo mas escogido de este jardin: buscando la espesura, ceñida por dos rios y entre sus márgenes umbrías, está Granada, encantada con el bullicioso

murmullo de sus aguas y el canto de sus ruiseñores, perrenes habitantes de aquel Edem. La Alhambra, blason de nuestras glorias con sus torreones y castillos, paisaje raro y cuadro portentoso de templos cristianos, ruinas de mezquitas, palacios y harenes deliciosos, sirve de corona á esa ciudad de maravillas, que parece recostada sobre bosques de arrayan y de rosales. La Alhambra es sin duda la perla de Andalucía y la mejor joya con que la naturaleza y el arte han engalanado aquel pais escogido. Cuando los bosques que la cercan se cubren de verde, y los descarnados sillares de sus murallas se ocultan entre las últimas ramas de los álamos, creemos ver en ella una ciudadela de pura fantasía, que cual nube pasajera, vaga por los aires y háse detenido sobre las copas de los árboles. Allí, juntos, se alzan el Alcázar de almenadas torres y calados miradores, asilo del deleite y antigua morada de la grandeza y gusto oriental; el soberbio palacio de Cálós V, presentando su atrevido anillo circular sostenido por 32 columnas de orden jónico y con sus preciosos relieves, mutilados la mayor parte (gracias al celo de nuestros gobiernos por la conservacion de la gloria y prestigio nacional), la iglesia de Santa Maria, el torreón de Comares, cuyos muros descansan sobre un tajo que vá á perderse en las profundas orillas del Dauro; la alta torre de la Vela, la del homenaje, los deliciosos Adarves jardines formados en las nubes y en los que se elevan gigantescos cipreses, que mecen sus copas sobre todos los demas objetos, cual airoso penachos que adornan el casco de un guerrero. Siempre, á cualquiera hora que se contempla este maravilloso espectáculo, se queda el alma embelesada; pero es imposible dar ni una aproximada descripcion de él. cuando el sol al ocultarse envuelve sus rayos en esos celajes de primavera, que hacen del azul espacio un manto de púrpura; cuando se marcan en él ya oscuros y suaves, los contornos de árboles, torres, chapiteles y cornisas, arcos y columnas, las agujas de los campanarios, las humildes casillas apiñadas entre el espeso ramaje, y á lo lejos, vista en miniatura la ciudad, sus jardines, las alamedas de sus paseos y la ancha vega cuyos mil caseríos se van iluminando con rojo resplandor, á esa hora en que la melancolía de la noche se acerca, y en que murmuran solos, el ruido de la cascada, las hojas de los árboles agitadas por leve y fresco céfiro, y el lastimero canto del ave de la noche; entonces retrocediendo siglos, imaginamos ver las zambros de los árabes, sultanas entre flores, amores novelescos, desafíos, batallas y *nobles castellanos*. ¡Oh! ¿Quién en la Alhambra no delira?

Al hablar de Granada y sus bellas tradiciones, nada tan digno de mencionarse como la fiesta con que el pueblo recuerda su conquista.

Debilitados los últimos moriscos que la habitaron, mas por las disensiones y ambicion de dos partidos poderosos, rivales en su privacion con el trono, que por las plagas que sufrieran del ejército cristiano, que un año hacia los sitiaba, pusieron á Boabdil su Rey en la imperiosa necesidad de impetrar gracia al poder castellano entregándose toda la ciudad bajo las mas humillantes condiciones: firmadas estas, el dia 2 de Enero de 1492 y hora de las

tres de la tarde, á orillas del Genil y en el sitio en que existe la vieja ermita de San Sebastian, hoy (otra prueba de ilustracion en las autoridades) convertida en taberna, los Reyes D. Fernando V de Aragon y Doña Isabel I de Castilla recibieron de manos del desgraciado Boabdil unas llaves que buscáran en un trienio de reñidos combates. Todos los años y en este mismo dia, celebra Granada tan glorioso aniversario principiando su solemunidad desde la vispera, en que á las doce de su mañana y al toque del Ave María, la esmeralda perdida de los árabes, la sultana del profeta, Granada la encantadora oye con entusiasmo los redoblados golpes con que la campana de la Vela anuncia un año mas, pasado desde que las armas cristianas asomaron triunfantes por las herizadas torres de la Alhambra. La bandera nacional ondea en la plaza de armas al pié de la torre de la Vela, y todos los cubos, cortinas y baluartes se van coronando de infinitas personas que suben á visitar lo poco que allí el tiempo ó el abandono van dejando de nuestras grandezas. Un mismo pensamiento vuela rápido á los floridos cármenes del Dauro, á las orillas deliciosas del Genil, al viejo Albaicin, á la ciudad memorable (1), antiguo campamento de los Reyes católicos, y á los campos, en fin, donde estos mismos rodeados de un ejército de *caballeros*, lucharon con los infieles en cien combates. A la misma hora, la roja enseña de aquel ejército *modelo poco imitado* de españolismo y lealtad y que en manos del Conde de Tendilla fué tremolado á los gritos de ¡Granada! ¡Granada! ¡Granada! se muestra al pueblo que aunque no con tanto entusiasmo por sus reyes, como debieron serlo sus abuelos, oye con gusto las marchas reales y redobles con que las banderas militares hacen los honores á aquel venerable pendon.

Apenas amanece el siguiente dia, vuelve la campana de la Vela á sonar ruidosa al impulso tierno y delicado de cuarenta ó mas destripaterrones de ambos sexos, que agarrados á una larga cuerda, confían, en que á fuerza de mover el descomunal badajo, se les mostrará el hado favorable en un pronto y dichoso himeneo (2); y no creas, lector, que estas plegarias se practican únicamente por los sencillos paletos; que son allí de ver, entrando mas el dia, muy altas y amerengadas señoras cubierta la mano de blanco y ajustado guante; niñas bonitas de quince primaveras para quienes ya es insoportable la tiranía de la casa paterna; barbilampiños jóvenes, cursantes de filosofia, que aunque sus papás se encuentren separados judicialmente, pintan de mágicos colores el lazo conyugal; candidas mamás de veinte y cinco años cumplidos á los veinte ó mas que hace que enviudaron; rancias solteronas y otras mil chicuelas de las que charolan de negra tizne el cabello y visten de atuladas colgaduras sus pulidas calvas; sin que falte á este rosario, tal cual feróstica vieja nada bella y seductora, pero que gracias á una herencia repentina ó cosa semejante, espera que alguno se prenda de sus talentos.

A las ocho ó nueve de esta misma mañana una nu-

(1) Santa Fé.

(2) Esta idea supersticiosa es una creencia para aquellos rústicos labradores.

merosa concurrencia ocupa ya la Capilla Real: toda la espaciosa y elevada escalinata del altar mayor está invadida del sexo femenino sobre el que pasan circunstanciada revista *los que*, como *ellas*, han tomado con anticipacion la ida para mejor ver, segun cualquiera creeria, el ceremonial, pero que mientras este llega, se entretienen, inocentemente por supuesto, en cuchicheos, miraditas, sonrisas que parecen risas, y divertidas críticas de las que no se escapa desde la mas marchita, hasta la mas galana de aquellas flores.

Estas indicaciones no son del caso, pero forman apuntes para conocer el gusto que se va introduciendo en los actos mas serios y religiosos.

Conducido el estandarte por los nuevos concejales, y en manos del regidor mas antiguo, entra escoltado de bayonetas al son bélico de músicas y tambores para ser tremolado al pie de los sepuleros en que descansan los restos de Isabel y Fernando, tumbas adornadas este dia, de trofeos que ellos mismos recogieron batallando con los enemigos de la cruz. Cuando llega esta ceremonia, la gente se apiña en confusion colocándose casi siempre en primera linea los forasteros que despueblan aquel dia la vega y á quienes la gente de buen tono llama *gansos* sin duda porque todos los años corren á ver con igual entusiasmo, lo que para otros mas ilustrados es ya una insulsa antigualla. Estos buenos españoles en quienes algo vale todavia el honor castellano, sin respeto á gasas ni á blondas, avanzan dando sendos empujones y codazos á la almiarada elegancia, pues á trueque de no perder aquel acto, se quedarian gustosos sin comer: nunca faltan entre estos algunos eruditos mentores de los demas, y á quienes explican, con la exactitud que es de suponer, todo lo que allí pasa sin olvidarse de citar al moro Tarfe y al Rey Chico, que segun lo ponen de pequeño, cualquiera creeria que podia encerrarse en el cascara de un huevo.

Hechos de este modo los honores á las régias cenizas, pasa el estandarte con toda la comitiva á la Catedral donde se canta una misa solemne, y se tremola nuevamente concluyéndose por guardarlo con la misma pompa y decoro.

Esta es la hora en que los balcones de la calle de los Gomeles se ven henchidos de elegantes damiselas distraidas con el inmenso gentio que sube y baja sin interrupcion: la calle es un dechado lujoso de colores segun la variedad y multitud de chales, sombrerillos, quitasoles, abanicos y demas atavios que realzan la belleza y amenizan á las *amables*. Deshojados los árboles que forman las alamedas, dejan tenderse al sol derramando una luz purísima en los prolongados paseos que conducen á la fortaleza, y así, nada se pierde del singular contraste que hoy ofrece la Alhambra. A un tiempo mismo sube la hechicera costurera escondiendo su gracioso palmito en la ancha franja de su mantilla de franela y zarandeando un cuerpecito redondo y bien formado sobre el monísimo pié, que apenas se le vé: esta linda paloma de ojos negros, lábio encendido y pequeño y mirada abrasadora, es cual otras muchas del mismo continente una legitima descendiente de los árabes: un grupo de jóvenes por otro lado, lucen airosas chaquetillas que les descubren la cintura

oprimida con una vistosa faja de colores, armonizando con otros accesorios y el sombrerito curro: á la par de estos, suben las hijas del novel empleado, que en el año anterior les fastidiaba este paseo, segun ha llegado á mis noticias por no tener mas que unos vestiditos de verano, y hoy ostentan un lujo escandaloso; el viejo retirado, que conduce del brazo á su parte contraria compañera de sus batallas con las oficinas del tesoro, pero como rara es la vez que sale vencedor, vá de capa, morrion y zapatos de vendo, traje único que tiene, y contemporáneo del vestido de alepin que lleva su infeliz mitad; el factor del Zacatin aspado en el rígido frac de cola de pava, acabado de construir, y á lo mejor interponiéndose entre lo mas esquisito de la elegancia, entre la vaporosa aristocracia y sus adoradores, entre la espuma del orgullo y la fragancia de la necedad, un coro de gitanos que al son de un guitarrillo, no cantan como la Esmeralda de Victor Hugo, sino unas coplas de fandango tan melodiosas, como los trinos que formara al romperse una alta pirámide de ollas y cazuelas. Trás estos suele marchar alguna otra comparsa de gente mas cortés; un *leitio ceñores* gritan cuatro ó seis mozos *crusos* que llevan la vanguardia: ábrese la gente, échanse á un lado bizarros militares, señoritas desdeñosas, encopetados galanes y dan paso á cuatro ó seis corceles garañones cargados con cestas de comida, ambulantes baterías sobre que descansa cual pieza de montaña un enorme pellejo de lo rico de Pedro Gimenez, y que en cariñosa union tragina con una guitarra alma principal de aquella fiesta: esta turba compuesta de cinco ó seis familias de artesanos, se dirige con tan excelentes preparativos, no á los fondines en que despachan aquel dia croquetas ó bistech, sino á las ruinas de un viejo torreón, donde colocan una descomunal sarten y en ella hacen con sus correspondientes tomates, una sazónada orchata de rico jamon de Treveles. A medida que en la plaza nueva ó embocadura de la calle de Gomeles se teje este vistoso cordón, compuesto de todas clases del pueblo, pobres y ricos, grandes y pequeños, se van llenando los cármenes, buertas, fondas y tabernas; y no siendo la Alhambra recinto capaz para tan numerosa concurrencia, se desborda llenando de pandillas el Generalife, silla del moro y cerro de los mártires. Por fin, llega una hora, en que asomado cualquiera á la torre que mas domine, no vé mas que un dilatado banquete presidido por la alegría.

Poco despues, cuando el sol principia á entibiarse, la plaza de los Algibes es el sitio donde pasea lo mas escogido (por supuesto en lujo y brillantez) mientras que multitud de campesinos recorren una por una y detenidamente las estancias del palacio árabe; las clases artesanas saborean los postres de sus merendonas, y las mas hajas estrujan la estenuada bota. Cada una de estas reuniones lleva su tipo particular; en la primera domina todo lo tierno, sentimental y aristocrático, sin escluir la crítica, que hace el papel principal: la venturosa elegante que logra lucir el traje de cumillon ó el manton de Manila, tiene tambien la dicha de ser el blanco de la atención general y jay de la modesta jóven que ha subido con el mismo atavio que bajara dias atrás á los paseos del Genill ni

su finura, ni sus talentos, ni su angelical hermosura la libran de la tijereta provincial. El segundo tipo basta examinar el gusto que recibe en la contemplacion de aquellas poéticas antigüedades, para conocer que es todo español, y con esta sola palabra, está suficientemente pintado. Trasládemonos ahora al cerro de los Mártires á gozar de algunas de las fiestas que componen los mas *gachon* y *zandungueo* de la gente del barrio.

Sentados en las gradas de un pedestal, que sostiene la pesada cruz de piedra en el átrio del ruinoso convento de los Mártires, está una orquesta formada con media docena de guitarras que *hablan* un sentido y animado fandango, sin olvidar que entre los tocadores hay otras tantas mozueltas *garvozas* que repiquetean con gracia las roncas castañuelas; otras tantas muchachas de las que hacen el corro, y de las que aunque no padecen de jaqueca cuando les duele la cabeza, pueden inspirar amor á un Dios, dejan caer airosas las mantillas, y al mismo tiempo que dan á su pareja una sonrisa *zalamera* rompen el baile jaleadas no con melifluas y vanas comparaciones, sino con aquello de *bien zalaá, vaya un garvo, viva ese cuerpo zabroso*: las mudanzas se suceden, el rostro de las niñas se colora, pónense húmedos sus lábios, anímanse sus ojos, y los nuestros no se causan de ver aquel encanto.

No es menos curioso que todos estos el cuadro de borrachos que amenizan las tabernas apurando el último ochavo en sangrar el monstruoso tonel del tinto; dichas horas para el tabernero, que de cuando en cuando bautiza con alguna que otra garrafa de agua fresca á aquel gentil pozo de vinagre, mientras que corre el vaso de mano en mano teniendo como es regular la preferencia el bello sexo enjambre de descaradas pescaderas de rostro bacanal y nauseabundo, que con sus encantos, pasados los primeros momentos de cortesías dan pábulo á porfiadas disputas y feroces puñaladas, con que se abren dulcemente los estómagos sus esposos, amantes y queridos.

Por último oscurecese la tarde, y la puerta de las Granadas es un monstruoso boqueron que por espacio de algunas horas no cesa de vomitar confiterías ambulantes, tablas con bollos de aceite, borricos de aguadores, elegantes tilburís, majos á caballo, niñas hermosas, feas y detestables, soldados, paisanos, lugareños y tal cual angari-

lla, que marcha á toda prisa, buscando un hospital.

El pueblo que no pierde fácilmente de la memoria á Boabdil, Zulema, los Abencerrajes y Zegríes, Tarfe y Gonzalo de Córdoba se dirige seguidamente al teatro, que en tal noche es muy curioso visitar, porque allí mas fácilmente se vé el justo entusiasmo que se apodera del pueblo al ver representar la toma de Granada. Noche fatal es esta para muchos con especialidad para los pisaverdes. El teatro este dia es para el pueblo, y el elegante á la *dernier* y *come il faut*, tiene que entretenerse mirando la funcion, si no quiere emplear sus gemelos con alguna elegante de Alfargue, de Alendin ó de Churriana, adornada con sombrero de ancha ála y plumas negras con su correspondiente abanico pericon, mas antiguo todo que la conquista. Los palcos estan llenos, si no todos, casi la mayor parte, de finos gznápiros que bostezan cuando no rien á carcajadas, y no es muy nuevo oír á alguno establecer un diálogo con la parienta, que muy apurada se pelea en la cazuela con una deidad de á cuatro reales, sino es que se encuentra en otro palco fronterizo henchido de cortijeras y chiquillos llorones. A los pedantes que aguardan ordinariamente á que comience la funcion, ó cuando menos á que todos los espectadores se hallen escuchando muy gustosos, para entrar dando taconadas y componiéndose el cabello, sustituyen los señoritos de lugar, que tomando el patio por los tendidos, pretenden desalojar de la luneta á alguno que se encuentra buenamente acomodado. Las demas localidades estan todas repletas de *gente que lo gasta*, y cuando les parece y el caso lo requiere, porque algun moro se alarga de razones, manifiestan su impaciencia con las exclamaciones de *mátalo y acaba con ese perro*, aquí alguna palabra de las que no corren en el diccionario. Este es el órden, que puede decirse lleva lo demas de la tragedia, hasta el final con grande aparato de golpazos y ruido de arcabuces que hace llorar a los niños, reír á los paletos, fastidian á las señoras, se entiende de buen tono, empalagan á los fatuos y arrancan gritos de entusiasmo al pueblo, que vuelve gustoso á sus hogares, despues de haberse regocijado con las glorias de sus abuelos.

ANTONIO DE PINEDA.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XVII.

EL LINAJUDO.

(De D. Juan de Zavaleta.)

Los desengañados dicen que la nobleza no se adquiere naciendo, sino obrando: si ellos entienden por nobleza las aplicaciones generosas de la virtud, dicen muy bien; pero el mundo no tiene á la virtud por nobleza, y no es tan ciego el mundo que no vea que la virtud es atributo mejor que la nobleza de sangre; pero ese atributo tiene diferente nombre. La claridad de los abuelos solamente tiene por nombre *nobleza*. Saberse de un hombre muchas

virtudes, le hace excelente; saberle los nombres de muchos abuelos, le hace noble. El que dice noble, no dice precisamente virtuoso; el que virtuoso, no dice noble precisamente. Las cosas que no caen debajo de un nombre genérico, no tienen una naturaleza: las que no estan comprendidas en una naturaleza, son por cualquiera parte diferentes: en el sentido humano virtud y nobleza son cosas muy distintas. Mucho mas venerable cosa es la vir-

tud que la nobleza: todos lo saben; pero miran á la virtud como á prenda grande, que la puede adquirir cualquiera por sí mismo; y á la nobleza como á joya, que no la puede tener sino el que la tiene. El noble está hábil para adquirir virtud excelente; pero el excelente en la virtud no está capaz de ser noble, si no se lo es. Por esto á los ojos de el mundo es tan estimable la descendencia ilustre. Con esta descendencia está muy vano nuestro linajudo.

Quiere amanecer el dia de fiesta, y al amanecer (hora en que sueñan los mas, porque á aquella hora está ya la naturaleza mas desembarazada, y se entretiene en burlar á los hombres), sueña el linajudo, ya que le constituyen en puesto grande, ya en que le pide una hija sin dote hombre con riqueza nueva, ya en que un gran señor prueba que descende de su casa para ponerse un hábito. Ordinariamente la naturaleza, para hacer estas burlas, echa mano de lo que halla mas fresco en la imaginativa. Acostóse el linajudo pensando en aquello, y soñando en ello le cogió el dia. Despierta, y en gran rato no cree que lo soñaba, sino que le sucedia: ¡tan creidos tienen los hombres sus deseos! Casi siempre se sueña en lo que se desea ó en lo que se teme, y no caen los mortales en que es mofa de la naturaleza darles aquellos sueños. Cuando queremos burlarnos con un loco que dice que es rey, le tratamos como á rey. Cuando queremos regocijarnos con las tribulaciones del que es muy medroso, le ponemos fantasmas contrahechas. Cuando quiere jugar la naturaleza con los que desean con mucha ansia ó temen con mucha turbacion; tratándolos como á locos y flacos, les hace creer entre sueños que les pasa lo que temen ó lo que desean.

Ya, pues, bien despierto nuestro noble, se empieza á vestir. Vistese con aliño y prolijidad, por quedar agradable á la vista comun.

Antes de ponerse la golilla nuestro linajudo, abre un nobiliario y vá mirando su genealogía, váse entrando por los siglos pasados, y halla á sus ascendientes venerados y conocidos. Desvanécese mucho; hace mal. La historia humana tiene la verdad muy incierta, ó por los accidentes con que se escribe, ó por la dificultad con que se averigua. Los que escribieron historia de vivos, indudablemente escribieron ó con obligacion ó con miedo, ó con cariño ó con esperanza. Por cualquiera de estos accidentes se falta fácilmente á la verdad. Y cuando esos faltáran, ellos no pudieron ver todo lo que escribieron, con que vienen á ser testigos de oídas, y estos testigos hacen fé corta. Los que escriben historia de muertos, es fuerza que se atengan á lo que hallan escrito, ó que si quieren saber con mas certeza lo que escriben, recojan muchas tradiciones, se anden tras manuscritos arrinconados y archivos melindrosos. Los escritos á que se atiende, ya se vé cuán poca fé hacen. Las tradiciones, ó no dan verdad, ó si la dan es desautorizada. De los manuscritos es raro el que se encuentra, ó porque son raros los que escriben por solo escribir verdad sin alguna esperanza y con mucho miedo, ó porque estos papeles los desprecia fácilmente la comun ignorancia. Los archivos, cuando estan cerca, son penosos; cuando estan lejos, inaccesibles. El

premio que tienen estos escritos (y esta es la mayor dificultad de la historia), es tan corto, que desanima para el trabajo.

En el mundo ninguno es bueno ni malo de balde. No hay valor en la naturaleza humana para trabajar mucho, habiendo de medrar poco. Estando, pues, la historia tan llena de dudas, la historia que mas dudas padece, es la genealogía. Lo primero por el defecto comun de historia: luego porque en la confusa baraja de los hombres es muy difícil descubrir á largo tiempo donde estuvo cada cosa, como no sea sangre tan clara que esté dando siempre en los ojos: y lo principal, porque su principal objeto es exaltar, y tal vez se aparta del defecto que encuentra por ir al objeto que mira. Por seguir este objeto, si no halla lo que busca, puede poner lo que buscaba, y muchas veces lo que puede, porque á los historiadores no les toman juramento. Por todas estas razones nuestro linajudo no se habia de desvanecer con lo escrito en su genealogía, pues por ellas cuanto en ella hay escrito es lo mas verosímil que de los bisabuelos arriba sea falso, y hacer gloria de las mentiras es mentira de las glorias. Alguien tiene sangre con Judas, si no por línea derecha, por línea atravesada, y puede ser que sea alguno que está tenido por gran caballero. Alguien tiene sangre con Anibal, y puede ser que sea el lacayo de este que está tenido por caballero grande. Al caballero le pudieron esconder aquella mancha las riquezas de sus antepasados, y al lacayo quizá la antepasada pobreza no tuvo vigor para des- enmohecerle el lustre. Si los muy nobles supieran mirar á los humildes, creyendo que pueden ser mas nobles que ellos, quedáran humildes los muy nobles; pero creen lo que puede ser falso, y no hacen caso de lo que puede ser cierto.

Estando divertido en esta lectura, llega un amigo á buscar al linajudo para que se vayan juntos á misa. Abre la puerta un criado, y él se entra con sola la licencia de amigo. Halla al amigo que busca rebujado en un capote, sentado en una silla, el pecho sobre el filo de un bufete, los codos sobre la tabla, el rostro sobre los puños, y un libro abierto delante del rostro. Salúdale, vuelve el linajudo los ojos á mirarle, levántase á recibirle, el que viene le pregunta lo que hace, y él de lo que hace le dá cuenta. Dícele que estaba viendo en su genealogía que es la cabeza de la casa; y el otro dice entre sí que le estuviere ha to mejor tener buena cabeza. Manda el linajudo que saquen unos bizcochos y un poco de buen vino para que se desayunen. Esto es mejor para tener buena sangre, que descender de Jerjes. Váse acabando de vestir y entretiénesse hablando. Dícele el linajudo á su amigo (porque la ocasion lo trujo), que no sabe como la gente comun no se muere de pesadumbre de serlo, viendo el poco caso que hace de ella la nobleza, y viendo la reverencia que ella á la nobleza le debe. Ninguno hay en la tierra que no tenga otro á quien temer, otro á quien reverenciar. El hombre ordinario que venera al noble, tiene otro mas ordinario que á él le venera. Nunca ha sido la naturaleza tan cruel, que haya podido dar mal sin consuelo.

Salen á la calle, y á pocos pasos que andan encuentran un mozo muy bien vestido. Mirale el linajudo muy

atento, y en pasando le dice el otro: bien le veis que entonado vá y qué aliñado, pues no tiene mas de un cuarto de judío: su abuelo materno andaba en Salonique con tócas. Hombre endemoniado, ¿quién te pregunta nada? ¿Qué te ha hecho aquel pobre mozo para que le maltrates? ¿Ir bien vestido es culpa? antes es beneficio público.



Muy sin estimacion miraran los extranjeros á las cortes de los reyes y á las ciudades populosas, si no las vieran con muchas galas y adornos. Repúblicas pobres son desprecio de otras repúblicas. La que no tiene habitantes lucidos, pobre parece. Si te enojas con este hombre porque lleva mejor vestido que tú, yerras el objeto del enojo, porque si es mas rico, es el pleito con la fortuna, y si es menos acomodado, con tu desaliño. Para traer lucido el traje no es menester mas calidad que el dinero: quien tiene dinero para costearle, tiene bastante calidad para traerle. Porque iba en fin bien ataviado, le desaliñan la honra: ya que no le puedes quitar el vestido, le quitas la estimacion. Doy que fuese judío su abuelo, que quizá es mentira; si él no tuvo parte en la culpa, ¿por

qué la ha de tener en la pena? Si él está bautizado y vive debajo de la obediencia de la Iglesia, ¿por qué ha de pagar el error de su antepasado, si no tuvo en el error parte? ¿Qué caso se puede hacer del mundo, en que pudiendo por malo desheredar el padre á su hijo de sus bienes, no le puede por bueno desheredar de sus males?

Llega á la iglesia, entra muy entonado el linajudo. Corresponde á las cortesías que le hacen los menores, con menores cortesías. Desdénase del lado del humilde: y si no se puede apartar, le desvía de su lado. Cuando no hay puestos determinados en la iglesia, es altivez demasiada querer rodarse de particular puesto. Pero ni aun en la iglesia le deja su vanidad al linajudo.

Sale un sacerdote á decir misa y entra á decirle en una capilla nueva del templo. Entran tras de él el linajudo y su amigo, pónense de rodillas, y lo primero en que el linajudo pone los ojos, es en el escudo de armas del patron de la capilla. Pásasele en esto muy gran rato. Hombre, mira que el primer mandamiento de la Iglesia dice: oír misa entera los domingos y fiestas de guardar, y no dice que los domingos y fiestas de guardar se escudriñen linajes. Levántanse al evangelio todos, y dícele él á su compañero: este escudo tiene algunas cosas honradas y algunas trabajosas. Mire V. que quizá eso que dice no es evangelio, déjele oír el evangelio al que le oye. Prosigue el linajudo diciendo: aquellos dos cuarteles le vienen legítimamente; pero aquel de tal linaje, que es el mejor, le tiene por bastardía. A uno que ha cometido un delito muy grave le dejan en paz en la iglesia los ministros de la justicia pública; y á este pobre escudo de armas, que no ha cometido delito, no le quiere dejar en paz en la iglesia el linajudo. Demos que el mejor de aquellos cuarteles le viene por bastardía á su dueño. Bastarda, como tiene la nobleza, ha tenido ánimo y piedad para labrar y dotar una capilla en que se esté perpetuamente alabando á Dios; en que le esten perpetuamente venerando; y él con toda la integridad de sus cuatro noblezas ilustres, no ha tenido piedad ni ánimo para hacer otro tanto.

El noble bastardo que hizo la capilla, tiene mejor nobleza que el linajudo, todo legitimo, porque supo con sus obras hacer noble su alma, y el linajudo con sus palabras se queda con solamente el cuerpo noble. Fuera de que mirándolo bien, ¿qué importa para la nobleza ser bastardo? Entre los hijos legitimos no se diferencia mas que en el nombre, la sangre toda es una, el nombre es feo, la naturaleza es una misma.

Acábase la misa, salen al cuerpo de la iglesia, arrímanse á un poste á hablar con otros, alza los ojos el linajudo y vé colgados en una pared unos lienzos con unos letreros, que vulgarmente llaman sanbenitos, donde estan escritos los nombres y las culpas que ha castigado el Santo Oficio de la inquisicion, y pónese á leerlos muy despacio. Esto no es injusticia, que para eso estan allí puestos: pero es menester grande prudencia para usar de aquellas noticias. El que se conoce sin cordura para gobernarlas, tuviera por cordura que no las adquiriera. El leer aquellas inscripciones suele ser bueno para estas dos cosas. Lo primero, para huir de la culpa con el horror de la pena,

que el escarmiento siempre es granjería. Luego para conocer la sangre de los vecinos de su república, y no mezclarse con ella en los casamientos suyos ni de su familia, porque es inhabilitar á los que de ellos descendieron, para tantas venerables colocaciones como en España piden limpieza de sangre.

El leer, pues, aquellas inscripciones suele tener estos peligros. Desestimar al prójimo que descende de aquella sangre, por saberle aquella tacha, siendo injusticia desestimar á nadie por defecto ageno. El defecto que se sabe, aun no tiene la costa de fingirse: no ha menester labrarle la malicia en el entendimiento, sino sacarle de la memoria. Lo que se puede hacer fácilmente, fácilmente se hace. Tiene en la memoria el ofendido que su ofensor es de sangre castigada, y dice ligeramente lo que tiene en la memoria.

Prosigue la leccion de aquellos letreros y encuentra el apellido de un conocido uyo á quien se le estan haciendo las pruebas para un hábito. Apenas le encuentra, cuando dice entre sí: ¿aquí estas tú, y el señor pretendiente no ha sido para entrar por mis puertas? Bien sé yo que él no tiene sangre con este; pero primero que desenmarañe del que aquí está su apellido, ha de haber gastado mas en sal

que gastara conmigo en una joya. Desde entonces empieza á pensar el camino y las palabras de hacerle gastar mucha hacienda, y de tenerle suspensa mucho tiempo la honra. Por la equivocacion de los apellidos halló senda para maldad tan detestable.

Terrible iniquidad es la de aquellos que maliciosamente arrojan dudas en la honra del prójimo, y tan terrible, que los mas del mundo huyen de ella; pero por huir de ella dan en otro extremo vicioso, que es decir bien del indigno.

A lo que se levantó en fin nuestro linajudo el dia de fiesta de la cama, faé á cojer vanidades en el libro de su genealogia: para lo que recibió á su amigo en su casa, fué para desestimar á la gente humilde: para lo que salió á la calle, fué para deshonrar á su prójimo, porque iba bien vestido: para lo que entró en la iglesia, fué para desdeñar el lado del plebeyo: para lo que oyó misa, fué para tachar las armas del patron de la capilla: y para lo que se paró en el cuerpo de la iglesia, fué para coger materia con que hacer un agravio. Pues no hizo Dios para eso el dia de fiesta. El dia de fiesta no es para hacer entretenimiento de las culpas, sino para hacer ó rehacer las virtudes.

Abreviado por J. E. HARTZENBUSCH.

HISTORIA NATURAL.

LAS AVES DEL PARAISO.

En toda la estension de la historia natural no se hallará una especie que haya confundido mas á los antiguos naturalistas que la *Mannodiata*, generalmente conocida con el nombre de ave del paraíso. Que el hombre ignore la formacion de las piedras ó metales preciosos no es extraño, porque los misterios de la naturaleza en tales producciones nos estan ocultos, y quizá se requeririan muchos siglos para obtener una solucion satisfactoria; pero suponer que un pájaro está privado de patas, mantenido del rocío, y habitando siempre en una atmósfera pura distinta de la que nos rodea, es á cuanto puede llegar la inclinacion del hombre á todo lo que es maravilloso. Los naturalistas del siglo XV veian el esqueleto de un pájaro mas brillante que el pavo real, cubierto de manchas, de visos los mas esquisitos, de álas mas semejantes á hilos de oro y seda, que á plumas; plumas largas, anilladas y finas como cabellos, otras nacidas en la cabeza y estendiéndose como alambres de oro bruñido; é imaginando que un animal con tan delicados adornos no podria resistir una ráfaga de viento, una granizada, ni una gota de agua, no hallaron pais alguno á propósito para su habitacion, sino

un paraíso donde todo fuera tranquilidad y delicia. Veamos el origen de estas fantasías.

Descubiertas las islas orientales por los europeos, las producciones mas raras fueron por consiguiente los primeros artículos de aquel comercio. Las especies finas eran sumamente apreciables, y buscándolas de isla en isla llegaron á las Molucas, donde se hallan en abundancia las mas ricas. Algunos comerciantes portugueses al ver las álas y plumas sueltas de estas aves en manos de los indios preguntaron con ansia por el pájaro que las criaba, lo que bastó para que los naturales fuesen á los bosques á cazarlos. Los isleños no siendo naturalistas, solo se cuidaban del precio en que las vendian, y conociendo que las patas de estas hermosísimas aves son disformes y feas, se las cortaron con mucha destreza, para que los europeos no las pudiesen falta y las pagasen menos. Un engaño, como es regular, condujo á otro; los comerciantes viendo aquellos pájaros sin patas, preguntaron por ellas, y los indios que las habian cortado por su propio interés, les aseguraron que estos pájaros no las tenian.

En un pais nuevamente descubierto, cuanto se vé y

se oye todo es maravilla; y así, aunque les parecía cosa extraña la falta de patas en un pájaro, lo creyeron de buena fé los navegantes. Traidos los esqueletos con plumas á los mercados de Europa, los engañados comerciantes engañaban á los compradores, asegurando que los tales pájaros no tenían patas y no hubiera sido fácil empresa contradecir en aquellos tiempos á los viajeros que volvían de Asia ó de América. Así, pues, fué creído por todos: el pájaro por sus formas se conoció desde entonces por el nombre de *Mannodiata*, y por su estremada delicadeza le fué asignado el paraíso por habitacion; hasta que los naturalistas, mas bien informados descubrieron que el ave del paraíso habia tenido patas; y hallándose descubiertos los supercheros indios, confesaron la verdad. La *Mannodiata* fué espelida del jardín de delicias, y destinada á buscar insectos en las cálidas islas de las especias; pero conservando el nombre de paraíso para vergüenza de los ignorantes naturalistas.

Hay dos especies de aves del paraíso; una del tamaño de un palomo en la apariencia, aunque el cuerpo en realidad no es mayor que el de un tordo, y la otra del de una calandria. Sus propiedades han sido últimamente descritas con grande exactitud por los naturalistas que acompañaron la expedición francesa destinada á hacer descubrimiento en 1817. En ella vieron muchos pájaros de esta especie en la isla de Vaigion, una de las que forman parte de la nueva Guinea y pertenecen á la clase de *Omnívoros*. Su alimento principal son frutos é insectos. Gustan vivir en las partes mas inaccesibles de los bosques y cuando el tiempo está sereno, se paran sobre las ramas mas altas de los árboles. Vuelan con gran rapidez, y

siempre contra el viento, porque de otro modo las suaves plumas y delicados adornos con que la naturaleza las ha enriquecido se les agolparían sobre la cabeza y les impediría ver. Cuando presienten por su instinto alguna tormenta se retiran á los parajes mas seguros, siendo incapaces de resistir un huracán. Tienen un valor extraordinario, y estan siempre listas para atacar á cualquier ave rapina que se les acerca. No hay ejemplar de que los indios hayan domesticado ninguna, no se sabe nada de sus nidos, huevos, procreacion, ni solicitud para con los polluelos.

Los vistosos plumajes de las varias especies de aves del paraíso han contribuido al lujo y escitado en el bello sexo un deseo vehemente de poseerlas; de modo que el esqueleto de estos pájaros con todas sus plumas, forma un artículo de comercio considerable en las islas de Nueva Guinea y Molucas, donde los naturales los cogen con redes ó matan con flechas de cañas preservando el cuero, ó mas bien el esqueleto con plumas, de un modo particular. Luego que han cogido la cantidad suficiente para la tarea del día, los desentrañan y cortan las patas é introduciendo un hierro caliente en el cuerpo secan la humedad de la carne que ha quedado sin dañar las plumas, llenando la cavidad con sal y especias, y preservados así los venden á los europeos por una friolera. La estacion mas propia para la caza de estas aves es cuando los árboles están cargados de nuez moscada; entonces vienen en grandes vandadas y es mas fácil cogerlos, porque la fuerza de la nuez, como observa Tavernier, los entosiga tanto que caen al suelo sin sentido.

L.

NOVELAS.

UN CUENTO DE HADAS.

CONCLUSION.

Eran las seis de la mañana de un bello día del mes de Agosto: el sol velado apenas por transparentes nubes de púrpura, enviaba una claridad tibia y dulce á la tierra: los pájaros cantaban en el bosque: las flores entreabrian sus corolas perfumadas; y una brisa suave acariciaba sus pétalos, ó jugueteaba levemente con ellos. Todo era poesía y amor en la ciudad del amor y de la poesía; en el mágico pueblo que se llama Florencia, fundado en medio de un pensil delicioso, y sobre un rio que lame humildemente sus cimientos.

La ciudad de los Médicis, de Maquiavelo, y del Dante, estaba magnífica á aquella hora, saliendo de entre las brumas, dibujándose cual una sombra en medio de las fértiles colinas que la rodean, y ostentando, como una muger orgullosa sus diamantes, las mil joyas que debe á

otros tantos artistas inmortales, á Miguel Angel, á Donatello, á Giotto, á Gaddi, á Cimabúe, á Ghiberti y á Felipe Brunellesco. Verdadero paraíso terrestre, parece como si la naturaleza y el hombre hubiesen rivalizado, la una para ostentar todas sus espléndidas galas, el otro los admirables prodigios del génio, colocando junto á los encantados jardines de Florencia la bella, la catedral de Santa María, el palacio Pitti, la iglesia de San Juan, de cuyas puertas dijo Miguel Angel, «que eran dignas de cerrar el paraíso;» y otros infinitos monumentos, gloria del siglo en que se elevaron, y asombro de los siguientes.

A aquella hora de aquella mañana, una góndola cuya vela se rizaba á impulsos de la brisa matutina, surcaba lentamente las limpidas aguas del Arno: un remero de

vigoroso aspecto, hacia deslizarse mas bien que conducir el ligero esquife por la mansa corriente, y sentado en un rincon del barco, cantaba con melancólico acento una de esas tiernas barcarolas que por instinto compone el pueblo mismo en Italia.—En el lado opuesto, dos jóvenes, casi niños, de tranquila mirada, de angélico semblante, asidos dulcemente de las manos, aspiraban con delicia los perfumes que de todas partes les enviaba la tierra, ó se estasiaban contemplando las caladas torres, las atrevidas agujas, que se reflejaban en el sosegado rio.. Ninguno de los dos hablaba. ¿Para qué, si sus ojos eran mas elocuentes que todas las frases del mundo? ¿Para qué si sus dedos entrelazados, si sus lábios entreabiertos, eran el mas expresivo lenguaje? A las veces Eduardo grababa en la pálida frente de Luisa un ósculo que la hacia estremecer: á las veces era ella la que por el contrario le ceñía el cuello con su flexible y torneado brazo, juntando aquellos dos rostros tan bellos, tan puros, tan juveniles.... Y así, olvidados de todo, en un éxtasis casi divino, cruzaron la ciudad que comenzaba á despertarse, y llegaron al magnífico puente de la Santísima Trinidad. El remero detuvo entonces la barca, y aguardó á que le diesen alguna orden para seguir ó detenerse; pero lo aguardó en vano.... Por fin decidióse á interrogar á los jóvenes, que contemplaban ávidamente el famoso Belvedere que tenian inmediato.

—¿Nos detenemos aquí, señor, dijo, ó continuamos?

Aquella ronca voz sacó á Eduardo y á Luisa de su arrobamiento: volviéronse sorprendidos hácia el barquero, que esperaba la respuesta con su garra en la mano, y necesitaron algun tiempo para coordinar sus ideas, y responder con otra interrogacion.

—¿Está cerca la fonda de Santa Maria de las Flores?...

—A dos pasos, esclencia, repuso el gondolero, cuyo respeto creció al oír preguntar por el mejor *hotel* de Florencia.

—Pues en ese caso, desembarquemos replicó Eduardo, y conducidnos allá....

Media hora despues una silla de posta cubierta enteramente de polvo, corria á todo correr hácia Florencia: ocupábanla tambien dos jóvenes, no menos bellos ni menos interesantes que los otros; pero ella, rendida de cansancio y de fatiga, se habia dormido apoyando su linda cabeza sobre el hombro de él, en una actitud casta y graciosa. El Conde contemplaba el tranquilo sueño de Matilde: á veces sonreia, porque esta sonreia soñando; y á veces llevaba á sus lábios la blanca y delicada mano que la pobre niña habia dejado entre las suyas. Al llegar á las puertas de la ciudad, el postillon detuvo los caballos, saltó ligeramente en tierra, y fué á preguntar al Conde en tono humilde y respetuoso:

—¿A dónde nos dirigimos, esclencia?

—Al *hotel* de Santa Maria de las Flores.

El postillon hizo un saludo, volvió á montar en seguida, y arreó vigorosamente á los caballos. Algunos minutos despues se paraba á la puerta del magnífico *hotel* que le habian indicado. Una muger de notable obesidad, de rostro risueño y complaciente, corrió á abrir la

portezuela del carruaje, haciendo una cortesía muy profunda. Matilde se despertó entonces.

—¿Hemos llegado, amigo mio? preguntó con sorpresa.

—Sí, respondió el Conde besándola tiernamente en la frente, y apeándose con ligereza de la silla de posta.

—¿El señor Duque desea una habitacion? dijo la posadera con la sonrisa mas amable, y deduciendo la categoría del que llegaba por su porte noble y distinguido.

—¿Conde nada mas, querida; Conde nada mas! exclamó alegremente Eduardo; ó inclinándose hasta el oido de la obesa matrona, añadió en voz baja dos ó tres palabras.

—¡Ah!.... repuso aquella con señales de la mas viva admiracion; en ese caso ya teneis vuestro cuarto dispuesto.

Y á imitacion de su huesped, tambien le dijo en secreto algunas frases. Despues corrió á agitar violentamente una bronca campana que habia en el portal, y á cuyos desacordes sonidos acudieron cuatro ó seis criados de ambos sexos.

—Tú, decia la posadera á uno, sube el equipaje de su esclencia al núm. 4: tú, proseguia dirigiéndose á otro, conduce al señor Conde allá; tú, exclamaba empujando á una jóven agraciada, disponte á servir esclusivamente á la señora Condesa.

Eduardo presentó el brazo á Matilde, y ella se apoyó en él lánguidamente.

—¿Sabes lo que soñaba? murmuró suspirando: que habiamos vuelto á Madrid; que mi padre nos habia perdonado.... en fin, que estaba al lado de Luisa!...

Y sus bellos ojos se llenaron de lágrimas. Eduardo se limitó á estrechar contra su corazon el brazo que descansaba en el suyo.

La habitacion dispuesta para los jóvenes esposos era magnífica: suntuosos muebles de caoba y terciopelo, soberbias cortinas de muselina y raso, cuadros preciosos en dorados marcos, componian el adorno de un pequeño salon y dos gabinetes; desde sus balcones que daban al jardin del *hotel*, se distinguia una deliciosa perspectiva: el Arno tranquilo, que semejante á un espejo, reflejaba la luz esplendente del sol; los bosques donde este pugnaba en vano por penetrar, y en fin el castillo de San Jorge, coronando á la ciudad altiva y hermosa.

El Conde dejó á Matilde instalada en su cuarto, y salió á dar algunas órdenes. La jóven triste y pensativa fué á apoyarse en el anchuroso balcon que formaba una galería, y tendió sus miradas al jardin que estaba á sus pies. Era aquel una obra maestra de arte: en un espacio pequeño ciertamente para tantas maravillas, se habia reunido todo cuanto es posible imaginar: graciosas cascadas saltando desde rocas vestidas de verde musgo; frescos arroyuelos serpeando por entre flores; montañas rusas de notable elevacion; estanques poblados de peces de todos colores, y en que se bañaban voluptuosamente algunos cisnes de deslumbrante blancura; nada faltaba allí.... En medio de una linda plazuela de tilos, veíase tambien un bellissimo *kiosko* oriental, cuyas paredes tapizaban altas ramas de jazmines y madreselvas.

Matilde lo contempló todo con admiracion, acordán-

dose involuntariamente del jardín de Pau, donde habían corrido las más dulces horas de su niñez. Naturalmente con este recuerdo vino á su memoria el de Luisa, y parecióle verla salir del kiosko, con su vestido de muselina, su melancólico rostro, y su talle flexible y elegante.... Pero lo que había empezado por un recuerdo, lo que había sido más tarde una ilusión, convirtiéndose pronto en realidad. En efecto, Matilde vió salir del cenador á Luisa, lo mismo que la había imaginado: bella siempre, melancólica,

y lánguida.... Su asombro y su sorpresa crecieron al conocer al que la acompañaba: era su marido; era su Eduardo, que la hablaba con ternura y con pasión; que la llevaba asida de la mano, y que con frecuencia, con demasiada frecuencia, hacia dulces caricias á su compañera.... Matilde exhaló un grito, y se quedó muda, inmóvil, viendo cruzar á la interesante pareja el jardín, internarse en una calle de árboles, y en fin desaparecer....

Entonces, sintió por primera vez un tormento desco-



nocido, los celos: abrió la puerta de su estancia, bajó ligeramente la escalera, y por instinto acertó con la entrada del jardín.

Luisa se había quedado sola: Eduardo después de la escena que hemos presenciado desde el balcón de Matilde, pretestó una ocupación para separarse de ella, y ofreciendo volver pronto, la dejó en un bosquecillo, y se au-

sentó. La disposición de espíritu de las dos pobres niñas era la misma: al lado del hombre á quien amaban, únicamente se ocupaban de él: más luego, en la soledad, asaltábanles en confuso tropel sus recuerdos, lúgubres temores, dolorosas sospechas.... Hallábase, pues, Luisa entregada á sus tristes pensamientos, cuando oyó dos voces que murmuraban cerca, muy cerca de allí.... Ambas le eran perfectamente conocidas: la una era la de Matilde; la otra era la de su esposo.

—Con que no me engañas, Eduardo mio? decia la primera con el acento de la mas candorosa confianza.

—No; replicaba él: te juro que ha sido una alucinacion de tus sentidos, ó alguna extraña semejanza, que te has exagerado: no he visto á Luisa, no sé nada de ella.... Así ¡mal he podido hablarla!

—Es cierto: ella debe estar en París.... repuso Matilde: ella habrá si lo mas feliz que yo!..

—¿Mas feliz?... exclamó Eduardo en tono de reconvenccion.

—Perdóname, amigo mio, interrumpió la hermosa niña sonriendo: digo mas feliz, porque no habrá abandonado á su familia.

Y para desvanecer completamente el efecto de su queja, cinó con uno de sus brazos el cuello del jóven, y colocó sus rosados y frescos lábios sobre los lábios de este.

Luisa habia escuchado este breve dialogo con una ansiedad fácil de comprender: cuando se hubo terminado, lanzó un gemido sordo, y corrió hácia el sitio de donde salian las voces.... pero hallóse en el centro de un intrincado laberinto, en el que no tenia un benéfico hilo que la guiase.... Dió gritos desesperados á los que no contestó nadie; corrió por aquellas calles tortuosas, extraviándose cada vez mas; y al cabo de media hora, la agitacion, el cansancio, el terror, la hicieron caer desmayada en tierra....

Al volver en sí, sintió que su cabeza descansaba sobre las rodillas de otra persona, que la prodigaba los mas solícitos cuidados, y los ósculos mas tiernos.... Abrió los ojos y encontráronse los suyos con los de Matilde, que la contemplaba amorosamente....

Nada mas difícil de describir que la efusion de dos corazones sencillos y puros; de dos almas que se adivinan ó que se comprenden: asi no intentaremos narrar la primera parte de la conferencia de las dos niñas, entregadas á su júbilo y á su dicha del momento.

Al fin sus ideas recobraron el órden regular, y despues de haber hablado de sí mismas, se acordaron de sus recientes temores....

—Yo no sé si es un sueño, dijo Luisa estremeciéndose; pero juraría que hace un instante ví á Eduardo contigo.

—¡Cómo yo!.... replicó Matilde trémula.

—Tú le llamabas esposo....

—¡Y tú tambien!....

—Le estrechabas en tus brazos....

—¡Lo mismo! ¡lo mismo!.... exclamó Matilde fuera de sí.

Hubo una pausa, durante la cual, las dos amigas procuraron calmar sus emociones. Matilde fué la primera que volvió á hablar:

—Veamos, dijo haciendo por sonreirse: ¿Qué dia te caaste tú?

—El 14 de Julio á las once de la noche. —¿Y tú?

—El mismo dia, pero una hora mas tarde.

Matilde y Luisa trocaron una mirada de asombro, porque como nuestros lectores pueden ver por la fecha de sus últimas cartas, ni á una ni á otra les fué posible recibirlas.

—¿Salistes de Madrid en seguida, como yo de Paris, no es verdad? preguntó Luisa.

—Sí; repuso Matilde.

—¿En silla de posta?

—En silla de posta.

—¿No se separó nunca tu marido de ti?

—Al contrario: se separó muchas veces.... Hacíamos jornadas cortas, y en cada pueblo sus ausencias eran frecuentes....

—¡Como nosotros! murmuró Luisa.

—Ademas, despertábame en medio de la noche en el carruage, y no le veia á mi lado....

—¡Matilde!... exclamó Luisa con espanto.... Estamos casadas con un mismo hombre.... ó tal vez es un espíritu,... un vampiro!..

Una sonora carcajada resonó entonces en la espesura: agitáronse las ramas del bosque, y dieron salida á Eduardo.

Las dos niñas se precipitaron hácia él....

—Ven, ven, hermano mio, dijo el jóven hablando á alguna persona que le seguia....

El asombro, la admiracion de las dos amigas subió en aquel instante de punto: el individuo que apareció, era tan parecido, tan igual al primero, que ni Luisa ni Matilde se atrevieron á reconocer á su esposo. Aquella perplejidad no duró mucho tiempo: el que conocemos bajo el título de conde de la Lealtad tenia en la frente una pequeña cicatriz, que no se veia en la de su hermano. El fué tambien el que habló antes, dirigiéndose á Matilde.

—Amiga mia, dijo, este prodigio necesita su explicacion...

Y ofreciendo el brazo á la jóven esposa, absorta todavia, mientras Luisa tomaba no menos admirada el de su marido, fueron los cuatro á sentarse en el bello kiosko que tenian en frente.

Para que esta historia termine como empezó, transcribiremos tres últimas cartas, que aclararán los misterios de nuestra narracion.

I.

De la directora del colegio de Pau al Conde de San Juan.

Acercándose la época, señor conde, en que, segun me anunció, debe separar de mi lado á la señorita Matilde, creo de mi deber participarle un defecto de su carácter que inútilmente he procurado corregir. Así ella como su íntima amiga, la señorita Luisa de Labaurdemont, hija del banquero de Paris, tienen una propension singular á todo lo escéntrico y novelesco, habiendo merecido de sus compañeras un apodo bastante espresivo: llámanlas *las niñas románticas*. Algunas veces he procurado oír sus pláticas, y lo confieso, señor Conde, me han alarmado. Pensando en el dia en que la sagrada autoridad de VV. les obligase á aceptar un esposo, hablaban de tósigos, de puñales etc. Yo bien sé que el mundo modificará tan peligrosas exageraciones; pero tampoco ignoro que las espone á riesgos inminentes. No hallo mas que un medio de evitar grandes males, y es una leccion

práctica y terrible, que dé nuevo giro á sus instintos y propensiones.

Soy, señor Conde, con la mas profunda consideracion, etc.

II.

El Conde de San Juan á Mr. de Labaurdemont.

Adjunta hallará V. mi antiguo y fiel amigo, una carta que me ha entristecido infinito. Es de la directora del colegio en que se educan nuestras hijas. Como V. verá, aquella sábia y bondadosa muger nos dá un consejo que no debemos desaprovechar: es una especie de cura por la homeopatía. ¿Quiere V. que probemos? Nada más fácil que poner en accion una novela interesante y maravillosa.... Sino, mucho me temo que nuestros planes se frustren, y que los dos excelentes jóvenes de quienes es V. tutor, y á los que amamos tan tiernamente, no lleguen á ser esposos de Luisa ni de Matilde.

Convendría que viniese V. con ellos á Bayona: allí podríamos concertarlo todo, y separar en seguida á esas dos chiquillas, cuya ridícula exaltation se acrece acaso con el apoyo que se prestan mutuamente.»

Soy etc.

EL CONDE DE SAN JUAN.

III.

El Conde de la Lealtad á Mr. de Labaurdemont.

Florenca 20 de Agosto.

Pueden VV. venir cuando gusten, queridísimo tutor mio: la novela ha llegado á su desenlace, y forzoso es decirlo, con toda felicidad: son muy largos de contar los sucesos de estos últimos dias, y prometo á V. que se reirá cuando le describa la zozobra de las dos niñas, sus dudas, sus sospechas, y mas que nada, su asombro al vernos juntos á Enrique y á mi; al notar esa prodigiosa semejanza que es la admiracion de cuantos nos conocen.

Ellas les aguardan á VV. con imponderable impaciencia, para reñirles, para bendecirlos, y para darles las gracias. Habiendo salido el dia que nos dijeron, hoy deben estar VV. en Niza, adonde les escribo.

No será malo publicar la receta de esta Cura homeopática, como V. la llama, para uso de los padres que tengan (y no serán pocos) hijas sentimentales y novelescas.»

RAMON DE NAVARRETE.

FIN



Puerta del Retiro en la subida de S. Gerónimo, á la espalda de jardin llamado del Tivoli.

FISONOMIAS TEATRALES.



1.
La bailarina. (1)

¿De qué nacerá esa indiferencia que aparenta hace algunos días? porque yo no puedo creer que sea otra cosa que apariencia. ¿Tan repentinamente había de extinguirse en él una pasión de que tantas pruebas me tiene dadas y que prometía tan buenos resultados? Pero por otra parte, ¿qué le puede inducir á aparentar esa frialdad? ¿no desprecie por él los obstinados obsequios del Conde de la Tormenta, que se distinguía entre todos mis adoradores por su rendimiento y constancia? ¿no he procurado con el mayor esmero desde que empieza en nuestras relaciones, evitarle todo motivo de queja? ¿qué podrá inclinarme á mostrarse

(1) El autor de este artículo protesta de antemano contra toda maligna aplicación que quiera hacerse de los tipos que presenta. Proponiéndose tan solo describir las interioridades de un baile, no ha hecho retratos sino que ha creado figuras, imitadas sí del natural, pero no copiadas, sirviendo de modelo esta ó la otra persona. En vano por lo tanto se afanaría el lector mas suspicaz en andar buscando en este escrito alusiones que, repetimos otra vez, no ha sido nuestro ánimo hacer.

resentido, dejando, contra su costumbre, de verme en tantos días? Así hablaba en voz baja una hermosa jóven, indolentemente apoyada en su tocador, fijando sus grandes ojos azules en un espejo, para juzgar del efecto que hacia una flor que distraidamente enlazaba jugueteando en los brillantes y dorados bucles que en desorden caian sobre los delicados contornos de su cuello. Examinando atentamente su semblante y hasta sus acciones notábase en ella una espresion muy marcada de severidad, de disgusto y desasosiego. ¿Era esto una nueva coquetería? ¿Estudiaba acaso otro continente mas gracioso y mas interesante? No, mas bien parecia que sus ojos interrogaban con ansiedad al espejo, confidente involuntario de sus temores; mas bien parecia que le consultaban para cerciorarse de si habia perdido algo de su belleza, si habia olvidado en su traje ese arte de ser elegante con cierta singularidad á propósito para llamar la atención, pero distante de tocar en la estravagancia. La sonrisa orgullosa que se presentó en los lábios de aquella muger, indicaba bien que estaba tranquila y satisfecha, y tenia completa seguridad de conservar su deslumbradora belleza, que resaltaba un traje caprichoso de mañana, dispuesto con aparente negligencia para hacer visibles sus torneados y blanquísimos brazos y su talle esbelto y elegante, cuyos contornos se confundían en los multiplicados pliegues de una falda de inmenso vuelo, que solo permitia ver la punta de un pequeñísimo pié, cuya delicadeza se adivinaba apenas entre aquella abundancia de varas de cachemira blanca. La habitación respiraba tambien elegancia y buen gusto, los muebles eran lujosos hasta un punto verdaderamente ducal, y la luz que descompuesta en los colores de dobles cortinas penetraba en la estancia, reflejaba en las doradas molduras y ricos adornos de que se hallaba llena con estudiada confusion y suntuoso desorden; lo cual

se advertía igualmente en la infinidad de juguetes de china, ricos frascos de cristal engarzados en plata llenos de aguas de diversos olores y multitud de vasos de todas formas, pomos de esencias y aceites que á duras penas soportaba la mesa en que descansaba el tocador.

A pesar de que la campana de un precioso reloj de cuadro acababa de dar la una, habia pasado poco tiempo desde que se abrieran las ventanas de aquel gabinete y apareciera en él con la palidez del sueño todavia la jóven que ya conoce el lector. La doncella que entró algunos instantes mas tarde vino á sacarla de la meditacion á que se habia entregado despues de las palabras que pronunció en voz baja y puso fin al silencio de su señora, quien sentándose, permitió que aquella desenredara las prolongadas trenzas de lustroso pelo, deshaciéndolas con un delicado peine de marfil, al paso que distraía á su ama con los recuerdos de la vispera, la importunidad del despreciado Conde de la Tormenta y los triunfos conseguidos en la noche precedente; relacion que la bella oía sin aparente interés, hasta que pasando la doncella de los sucesos del dia anterior á los de aquella mañana la dijo:

—El lacayo de D. Federico ha dejado bien temprano un billete al portero.

—¿Y dónde está?

—Aquí.

La jóven tomó con ansiedad el elegante y perfumado papel que la doncella sacó del bolsillo del delantal, continuando en silencio el peinado, mientras que el semblante de la señora se animaba á medida que pasaba la vista por las siguientes líneas:

«Sin duda, mi querida Ema, me considerará V. culpable de una ausencia que yo mas que nadie he lamentado. Exigencias bien enojosas de familia, á que sin embargo me ha sido forzoso ceder, y que explicaré á V. muy luego, me han privado por algunos dias del placer inmenso de pasar al lado de V. las horas que acostumbro y que tan ligeras corren para mí. Sé que hoy hay ensayo y no faltaré.»

Federico.

La doncella acabó su tarea al propio tiempo que su señora la tercera lectura del billete, y comentándole ambas, se ocuparon al momento de la *toilette* de la última que fué objeto de serias discusiones.

Razon será que ya que no nos mezclamos en ellas, iniciemos en tanto al bondadoso lector en el objeto á que van encaminados los presentes renglones: es pues este, el de bosquejar algunos tipos teatrales y pintar el aspecto interior del escenario en la representacion de un baile pantomímico. Son tantas las enmarañadas operaciones que requieren los preparativos y ejecucion de este espectáculo que no podremos dar mas que una rápida reseña de aquellos detalles que mas interés ofrezcan á los profanos, para los cuales sea desconocido lo que pasa de telon adentro.

Sigamos pues los pasos de la elegante dama en cuyo tocador hemos introducido al lector y en la cual no sabemos si habrá reconocido ya á una de las primeras bailarinas; con su guia conseguiremos penetrar en el intrincado laberinto que nos haya de descubrir los misterios del escenario. El tiempo que hemos distraído nuestra atencion de Ema ha bastado apenas para su adorno; operacion prolija y árdua que interrumpen á su conclusion el estrepitoso ruido de un desvencijado carruaje que pára á la puerta, y la voz de la doncella que dice:

—Ya está aquí el coche, y hace tiempo que debe haber empezado el ensayo.

—¿Pues qué hora es?

—Las dos.

—Traeme el sombrero y un abrigo.

La doncella ejecuta estas órdenes y despues de repetidas consultas al espejo, Ema sale para subir al simon que la espera y que á duras penas se pone en movimiento conducido por dos ancianas mulas sobre las cuales distribuye el cochero sendos latigazos, que son otros tantos

avisos para que perfectamente instruidas en el itinerario que deben llevar, se encaminen sin rodeos aunque lentamente al teatro.

CAPITULO II.

Un ensayo.

Tanto como tiene de brillante y animado un teatro durante la noche, tiene de triste y desagradable por el dia: al ver la soledad de sus localidades pudiera compararse á un cuerpo sin vida, á un cadáver yerto é inanimado. Un reflejo crepuscular que penetra por las claraboyas y aberturas, permite conocer que es de dia: algunos quinqués opacos esparcen incierta claridad que contrasta con la del sol y varios faroles distribuidos á la ventura por aquellas menguadas y tortuosas escaleras, estrechos corredores y pasillos, guian al caminante por tales parajes y le sirven de faro que le conduzca aunque no sin tropiezos al punto á que se dirige. Desiertas las localidades, solo se vé atravesar por ellas á algun alumbrante ó empleado que prepara las luces para la funcion. El escenario es únicamente el que presenta igual animacion que por la noche y mas variedad de personajes. No es nuestro ánimo pintar al lector los diversos tipos que le ocupan, empresa no de fácil empeño ni de breve tiempo; fijémosnos principalmente en la bailarina considerada en las diversas fases que presenta.

El baile ha sufrido en España en pocos años una revolucion completa; poco hace que algunas parejas agregadas á cada compañía dramática se encargaban de entretener á los espectadores con bailes nacionales; y en las provincias los mismos cómicos solian á veces reunir á su profesion la de hacer algunas cabriolas, con lo que conseguian un aumento de sueldo; no siendo por lo tanto raro en algun teatro ver bailar el bolero ó las manchegas á una cómica que algunos momentos antes se habia presentado al público desempeñando el papel de *Lucrecia Borgia*, de *Catalina Howard* ó de *Margarita de Borgoña*.

La introduccion entre nosotros de los bailes pantomímicos, de esos dramas bailados en que, aunque no se articula una sola palabra, la expresion y la accion hacen que el espectador se penetre de las situaciones, interesándose en el argumento hasta el punto de que se incline en pró ó en contra de los personajes odiosos ó amables, crueles ó desgraciados; ha venido á crear un nuevo género de espectáculos que la moda sostiene en boga, que desgraciadamente prefiere el público y que por ahora al menos cuenta con todas las condiciones de estabilidad y duracion. De ahí que las bailarinas españolas de mas disposicion se hayan dedicado á este difícil y costoso género de baile, en el cual ya se distinguen algunas y llegará acaso dia en que sea todo nacional.

No molestaremos al lector pintando aqui menudamente el tipo de las primeras bailarinas, porque seria extraño que no hubiera tropezado con igual descripcion en alguna obra extranjera ó en alguna otra de esas renegadas que pretenden tomar por patria nuestro país, bien que como á todos los renegados se conoce á tiro de ballesta su primitivo origen: el indicado tipo es pues idéntico en su esencia en Madrid, en Paris, en Londres y en Viena, salvo tan solo su categoria; ademas de que ya le hemos dado á conocer al principio de estas líneas y no las terminaremos sin volvernos á encontrar con él. Reinas las primeras bailarinas en los 60 pies en cuadro que forman el foro, miran con desden á las demas partes que constituyen tan complicado espectáculo. Faltan á gran número de ensayos y solo en los últimos se dignan hacer algunos pasos con indolencia y pereza, reservando su agilidad y destreza para lucirlas delante del público y ocupan la mayor parte del tiempo en las crónicas de bastidores, materia inagotable y de sabroso entretenimiento, ó en amena y animada conversacion, á veces en francés ó en italiano, á veces en castellano ó en inglés, y á veces

en una mezcla de todos estos idiomas con los aficionados á esta clase de espectáculos preparatorios, ó mas bien á algunas partes constituyentes de ellos. La exactitud con que Ema concurría al teatro indicaba bien que se trataba del ensayo general de un baile nuevo, que los carteles anunciaban ya para el día siguiente; así es que la concurrencia de las personas que en él habian de tomar parte era completa.



este nuevo tipo mas que desde que se ha inaugurado en la escena. El día que esto sucedió tenia 16 años, rasgados y brillantes ojos negros guarnecidos de largas y hermosas pestañas, esbelto cuerpo, torneados brazos, pequeñas manos y diminutos pies; pormenores que no dejaron de analizar algunos centenares de gemelos asestados á ella y que fueron un precedente poderoso para que alcanzara buen éxito en su nueva profesion. Con este capital, con sus nociones en el arte, su viveza, ligereza y gracia, y con una madre que es de necesidad para su suerte futura en el teatro, inaugura su carrera.

Nada mas trabajoso que esta espinosa profesion. Antes de asistir al ensayo las figurantas han tenido tres ó cuatro horas de estudio, y sin descanso se han dirigido al teatro; allí las es preciso desnudarse de pies á cabeza y ponerse el traje conveniente, que consiste en tonelete de muselina blanca ó de raso negro, media de seda y calzon de percal que baja hasta la rodillas y reemplaza al elástico reservado solo para las funciones públicas. El zapato de raso blanco ó de color de carne se llama *Chausson* (escarpin), hablando tecnológicamente y es digno de describirse con detencion. La suela muy escotada en el centro no llega á la conclusion del pié, termina en cuadro y deja sobresalir la tela unos dos dedos; este corte permite ejecutar los *pointes*, ejercicios sobre la punta de los dedos, ofreciendo una especie de punto de apoyo flexible y obediente, pero como carga todo el peso del cuerpo sobre esta parte del escarpin que se rompería al momento, las bailarinas cuidan de colocar en él hilos fuertes entretejidos; el interior está guarnecido de una tela de consistencia y el extremo de atrás de un pedazo de cuero ó carton, mas ó menos fuerte segun los pasos que haya de hacer la bailarina; cintas del color de la media sujetan el zapato al pié. Una de las cosas de que debe cuidar, es de llevar cuenta de las veces que hace uso de él para no esponerse á un chasco; por regla general puede servir de ocho á diez noches (1). Descrita esta parte esencial de la profesion que podemos considerar como la herramienta del oficio, pongamos atencion al ensayo que en este momento comienza.

El suelo que está picado y sembrado de polvos para que no se peguen resbalones, se halla ligeramente regado; y los aficionados despejan el foro; las madres é interesadas de las bailarinas toman asiento á los costados y recogen el chal que cubre las espaldas de estas y de que se despojan para ocupar sus respectivos puestos; el maestro figura grave é imposable, dá la señal y empieza el baile que es interrumpido á menudo por la sempiterna charla de las viejas que se hallan en observacion y por las voces del maestro que grita.

—Bien colocadas esas rodillas, mas bajas las puntas, Luisa (la bailarina procura siempre tener un nombre dulce como la miel; esto es muy importante; hacerse llamar Serafina, Celina, Flora, Lelia, Consuelo, Elisa, ó todo esto á la vez), de V. á la cara una espresion de sonrisa, Matilde, ¿por qué no estiende V. los brazos con gracia? ¿Dónde vá á V. á parar Emilia? vuelva V. aquí, no, por la derecha; vamos esto no está estudiado, otra vez, otra vez á hacer la figura. Y las bailarinas tornan á sus puestos y vuelven á repetir centenares de veces cada paso hasta que el maestro dá la señal de descansar y todas van á sentarse.

En tanto las niñas se ejercitan individualmente en hacer *tejidos*, *cambios de pies*, *elevaciones* y otros ejercicios, graduados segun las fuerzas de las discípulas, repitiéndolos en seguida delante del maestro que les enseña las figuras convenientes para los grupos, bailettes y posturas en que su tamaño se presta bien á la perspectiva. Su edad suele ser de 8 á 16 años; las de esta última ya bailan un paso solas, ya han ingresado en la primera, segunda ó tercera clase de bailarinas, segun su mé-

(1) Las primeras bailarinas suelen gastar tres pares cada funcion.

Llegada Ema al teatro tan pronto como las mulas del simon quisieron trasportarla, encontró puntual á la cita á D. Federico de Silva con quien no tardó en entablar una conversacion interrumpida las veces que el director de escena llamaba á Ema, conversacion en que se cruzaban reconveniones de una parte hechas con coqueteria y disculpas de la otra dadas con sinceridad y buena fé.

Dejemos pues á esta pareja para ocuparnos del cuerpo del baile, entre el cual encontraremos los verdaderos tipos que debemos copiar. La bailarina española, figuranta ó segunda parte, ha hecho una vida comun hasta dedicarse á este género de baile; su origen y sus ocupaciones han sido diversas. ¿Quién sería capaz de averiguar su procedencia?... No debemos por lo tanto considerar

rito y protección; sus nombres han figurado ya en el cartel ó desengañadas de su falta de disposición han abandonado la carrera. Desde su infancia los miembros de la bailarina son descomulgados por la tortura de la sala de baile: las gracias inocentes de la niñez son reemplazadas por las de la coreografía, y la mayor parte de las alumnas están desde luego en la apariencia, corrompidas como una muger de mundo y al propio tiempo tan ignorantes de lo mismo que dicen como un niño; harían abochornar á un calavera rematado y la virgen mas pura sonreiría maliciosamente al oír las inocencias que se les escapan; conocen la relajacion pero no el vicio. En las interrupciones que ocurren al ensayar el cuerpo de baile sus pasos, ejercitábase las alumnas, apoyadas en aparatos de madera dispuestos á propósito, en hacer las posturas convenientes para dar elasticidad á las coyunturas y juego á las piernas; pues el baile moderno se funda principalmente en la gimnasia. Una hora de estos ejercicios continuados, equivale á una jornada hecha con botas nuevas y apretadas por los arenales de Olmedo en tiempo lluvioso.

Concluido en fin el ensayo, las bailarinas casi sin respiracion, sudando á mares y con los pies doloridos se dirigen al vestuario, donde se despojan de su traje para retirarse á casa; toman de nuevo el de muselina de lana, los zapatos de cabra, la mantilla y el chal fuerte. La primera diligencia que cada una de estas infelices criaturas hace, así que llega á su cuarto para reposar un poco sus miembros agobiados de fatiga, es despojarse de los vestidos para envolverse en un peñador bien ancho, calzarse unas babuchas y dejarse caer en una silla. Pero no puede perder mucho rato así, y en tanto que la madre prepara una frugal comida, ella necesita repasar su paso, fijar en la memoria y observar las advertencias que le han hecho el maestro de baile y el director de escena; luego se sienta á la mesa, donde no come todo lo que apetece porque tiene que bailar por la noche y entonces estaría pesada. Poco tardan en dar las seis, y estas es la hora señalada para asistir al teatro.

Tal es la vida de la bailarina en general; hasta que suena en el reloj del tiempo el sexto lustro de su existencia y señala los años que por ella han pasado con su terrible cortejo de ultrajes irreparables; palidecen las rosas de sus mejillas, crueles arrugas surcan su rostro y su delicado talle adquiere triples dimensiones; época de retirada para una bailarina, que bien haya adelantado poco en su graduacion, ó yasea que la suerte la distinguiera haciéndola ocupar en el teatro un puesto privilegiado, sale de él como entró; es decir sin ruido, sin aparato. Despues pasa á desempeñar el papel de madre de bailarina; luego se hace beata, oye dos misas diarias, se confiesa una vez por semana, y entrega pacíficamente su alma al Criador del día que adquiere la certeza de que su hija tiene un amante de provecho.

Pero nos vamos distraendo del lugar en que estamos, esto es de la conclusion del ensayo y ha tiempo tambien que nos hemos olvidado de Ema, la cual á su vez se olvidó ó aparenta olvidarse de cuantos la rodean, incluso el conde de la Tormenta que molesto en extremo ha sufrido repetidos desaires en premio de sus obsequios y para responder mejor á los de D. Federico con quien há largo rato sigue Ema una conversacion interesante. Este ha mandado venir un coche de alquiler, y Ema acaba de presentarse en el traje que tenía cuando llegó al teatro, ambos salen de él y suben al carruaje, que despues de órdenes transmitidas en voz baja de D. Federico al lacayo y de este al cochero, parte á escape sin que las personas que salen del ensayo ni los curiosos que á pie firme observan la escena, hayan podido oír el punto á que se dirige, ni les quede otro recurso que el de hacer versiones temerarias unas, verdaderas otras, probables las mas. Dejemos pues el carruaje que en su veloz carrera se pierde pronto de vista; pues no nos es dado seguirle en

su precipitada marcha, é introduzcamos al lector en otro sitio para darle á conocer á un nuevo personaje.

III. **Amor y desden.**

En un gabinete lujosa y ricamente adornado se vé á una interesante jóven como de unos veinte años, reclinada en un hermoso sillón de talla dorado, sosteniendo la cabeza con una mano, en actitud reflexiva. No empezaremos aquí á decir que su cintura es como un mimbre, con las demas comparaciones de ordenanza, porque nuestros lectores sospecharian que íbamos á escribir algun artículo de historia natural; contentarémonos con decir en resumen que es hermosa como un ángel, esbelta su cuerpo, ligeramente morena su tez, rasgados sus hermosos ojos negros, que poseen un encanto indefinible, delicadas y perfectas sus facciones y armoniosas las proporciones de su semblante.

Elisa, que este es su nombre, contaba 18 años cuando se casó con D. Federico de Silva, jóven de graciosa y elegante figura y descendiente de una familia opulenta. Elisa perdió á su madre al nacer; su padre, antiguo general, de avanzada edad y lleno de achaques, habia cuidado de su educacion que como la que reciben la mayor parte de las jóvenes que se encuentran en la misma posicion que ella, habia tenido mucho de romancesca. La lectura de novelas desarrolló en ella ideas exaltadas, ilusiones muy buenas para recrearse en ellas, pero que por desgracia se hallan infinitamente distantes de la realidad. Elisa no habia dejado de soñar en el ídolo que se crean las mugeres á los 16 años, época en que se desarrollan los primeros deseos de nuestro corazon, la primera ambicion de nuestra alma, las primeras creencias sin mancha; el ser fascinador que con tan agradables colores le retrataba su imaginacion, creyó hallarle realmente en Federico; jóven que si por su figura se adaptaba al modelo que su mente se habia forjado, desmerecia de él en punto á firmeza en su cariño y constancia en su amor. Esta vez sin embargo pareció apasionarse verdaderamente de Elisa, quien correspondia por su parte con vehemente cariño. Los envidiosos no dejaron de decir al primero que Elisa era incapaz de sentir. Despues decian á esta que Federico era una cabeza deshecha.

No obstante estos caritativos avisos la boda se celebró ostentosamente; Elisa vió colmados sus deseos, y Federico experimentando una felicidad desconocida hasta entonces para él, no escaseaba nada para agrada á su esposa.

El primer año de matrimonio pasó dulcemente para ambos, pero Elisa con su penetrante perspicacia de muger, empezó á observar frecuentes distracciones y cierta inquietud en Federico, que aunque continuaba mostrándose complaciente y cariñoso con su esposa procuraba bajo distintos pretextos evitar las ocasiones de acompañarla y encontraba siempre motivos para ir disminuyendo los ratos que acostumbraba á pasar á su lado. Elisa que continuaba amándole con delirio fué adquiriendo el triste desengaño de que su amor no era ya correspondido y sufría sin alivio á su penar; encerróse en casa y se obstinó en no salir de ella, lo que solo sirvió para aumentar las ausencias de Federico que se prolongaban algunas noches hasta horas muy avanzadas; tocó varios resortes para evitar estos desórdenes á que su marido daba el nombre de compromisos con varios jóvenes con quienes se habia relacionado ó aparentado relacionarse. Últimamente valiéndose de un ingenioso recurso Elisa consiguió retenerle en casa durante ocho dias, triunfo que aunque no la satisfizo del todo, la tranquilizó algun tanto, que es de observar como el sol de la esperanza reanima nuestro ser y cicatriza con uno solo de sus rayos las heridas de nuestra alma que creíamos incurables.

El momento en que hemos dado á conocer á Elisa es el primero en que despues de su corta reclusion Federico ha salido de casa prometiendole volver al momento; su tardanza desarrolla otra vez los secretos celos de la infeliz jóven, que se decide á salir para desvanecer su mal humor, y subiendo á su elegante carretela se dirige al Prado y desde allí al paseo de las Delicias. Ensimismada iba en sus reflexiones y meditando el partido que mas la conviniera tomar, euando otro carruaje que se acercaba en opuesta direccion la distrajo un momento; naturalmente fijó la vista en el interior del coche. ¡Júzquese cual sería su sorpresa al reconocer dentro de él á Federico, que engolfado en su diálogo con Ema ni aun se apercibió del coche de su muger y suyo que pasó rozando con el de alquiler que ya vimos antes á la puerta del teatro!

IV.

Escenas Teatrales.

El bondadoso lector que nos haya seguido hasta aquí tiene acreditada su paciencia y nos hace esperar que no nos abandonará en el resto de nuestro artículo: abusando de su constancia y de la facultad que tiene todo autor de trasportar donde le plazca á su auditorio, lleváremosle otra vez nosotros dándole un corto respiro á fin de que descanse, al gabinete en que vimos á Ema al principio de este artículo, donde la encontramos ahora tambien muéllamente recostada en un divan en que descansa de los ejercicios que acaba de ejecutar en su pieza de estudio, pues la bailarina necesita ensayarse varias veces al dia; si deja de trabajar no mas que cuarenta y ocho horas los pies se ponen pesados, las articulaciones entorpecidas y necesita dobles lecciones para recuperar la agilidad perdida. Poco rato la queda de que disponer hasta la hora de concurrir al teatro: trasladémonos nosotros tambien á él y veremos como van acudiendo los alumbrantes, maquinistas, operarios, comparsas, niñas de la academia de baile, figurantas, músicos y demas ruedas que componen la complicada máquina de un baile. Va iluminándose por completo el teatro, las bailarinas se visten y adornan, los tramoyistas preparan las decoraciones, la orquesta preludia, suena estruendoso y retemblante el primer golpe de música, levántase el telon y principia el baile.

No debemos ocuparnos de él, porque no es nuestro objeto hablar de la funcion, ni nos detendremos tampoco á bosquejar el cuadro animado que ofrece la sala del teatro, por mas que no falten en él pormenores que pudieran interesarnos, entre ellos el palco de D. Federico cuyas manos toman siempre la iniciativa en los aplausos, y en el cual Elisa lleva frecuentemente y con disimulo el pañuelo á sus ojos para enjugar las lágrimas que como gotas de rocío caen sobre las frescas rosas de sus mejillas. Cumple solo á nuestro propósito iniciar al lector en lo que dentro del escenario pasa. Poco tendremos que examinar entre bastidores, ocupados tan solo por los operarios encargados en combinacion con los que tienen su puesto en el foso del coliseo y en el intrincado laberinto de vigas del techo, de regir aquella naturaleza ficticia, aquel sol de aceite, aquellos bosques de carton, aquellos jardines llenos de flores de almazarron y ocre, aquellos cielos de lienzo, aquellos torrentes que se desploman á impulsos de un manubrio, aquel mundo en fin de convencion en que no hay nada real, en que por todas partes se descubre la mano del hombre. Las bailarinas próximas á salir á la escena aguardan tambien entre bastidores, mezcladas con los centinelas de la guardia civil que cuidan de que los profanos no se introduzcan en aquellos parages impidiendo los trabajos de los operarios.

Trasladémonos pues á la pieza del espejo ó sala de descanso, que han dado en llamar *foyer* aumentando un nombre mas á los infinitos importados de Francia: es una estancia cuadrilonga forrada de papel pintado, rodeada de

banquetas que ocupan las bailarinas los momentos que no son necesarias en el escenario, y llena de trastos y estorbos de diferentes clases. Complicados son los detalles que pudieran ofrecerse de esta pieza, no precisamente durante la representacion en que solo se vería uno que otro individuo que interesado mas que en ella en disfrutar de la compañía de alguna de aquellas silfides, reposa en una esquina pasando el brazo por su cintura, y en que delante de un espejo dispuesto al objeto se ejercitan unas en repetir sus pasos y se atusan y arreglan el traje ó se pasean otras para recobrar el calor que las hace perder el viento que acaricia demasiado sus desnudas espaldas y penetra las álas de tul, toneletes de gasa y demas telas de que se hallan equipadas, poco á propósito para conservar el calórico; sino en un entreacto, cuando reunidos y mezclados en confuso revoltijo tramoyistas y niñas de la academia de baile, galanes y bailarinas, abonados y comparsas, se tropiezan y chocan, llenan aquellos estrechos corredores, obstruyen las tortuosas escaleras é impiden el paso á los operarios que aquí y allá van cargados con una montaña, con una fila de quinqués, con la escalinata de algun palacio ó con una portada gótica, y á las bailarinas el tránsito á los vestuarios donde se apresuran á hacer las transformaciones consiguientes á los opuestos papeles que á veces en la misma noche tienen que representar de paisanas, bayaderas, ninfas etc. cada uno de los cuales requiere una mutacion completa de vestido, calzado y peinado, operacion no menos fatigosa que las mas difíciles de la coreografia moderna.

Entre los diversos tipos que llenan aquella sala, merece fijar nuestra atencion la madre de la bailarina, que vela sobre su hija para evitar que se dirijan á ella los periodistas, autores y artistas que abundan allí, gentes todas muy amables, muy seductoras, muy apreciables, pero poco á propósito para hacer la suerte de una muger del modo que la comprende la madre de la bailarina. Esta no deja de burlar su vigilancia y prorrumpir á lo mejor en un grito inmotivado ó en una estemporánea carcajada.

—¿De qué te ries? ¿qué te pasa? la pregunta aquella.

—Nada, se apresura ella á contestar era D. Luisito que al pasar me ha pisado sin querer.

Aunque esta esplicacion no parece satisfacer mucho á la interrogante se conforma y le dice á su hija.

—Flora, ¿has visto á D. Marcos en la segunda fila de lunetas?... Dir gete de cuando en cuando á él: ¡nada lisongea á un hombre tanto como esto.... estás hecha una boba y cualquiera diría que no le conoces... verás como Lelia con sus monadas acaba por llamarle la atencion.

Flora apenas oye estas advertencias, porque se entusiasma ejercitándose en hacer posturas que no interrumpe aunque sostenga conversaciones diferentes con cuatro personas.

Con placer, aunque con conocimiento de las dificultades que ofrece la materia, acometeríamos la descripcion detallada de estas escenas, sino fuera necesario animar al paciente lector que habrá ya tendido la vista buscando la conclusion de nuestro artículo: por otra parte no hay ya tiempo, el escenario está preparado, cada uno ya á ocupar su puesto y suena la señal que pone en movimiento á los músicos: aumentase la confusion, chocáanse unos con otros, la estrecha puerta de comunicacion vierte al escenario prietas oleadas de parejas de baile, comparsas, soldados, pueblo y demas partes integrantes del espectáculo, que se agolpan á entrar por ella; y los abonados van á ocupar sus lunetas. El *foyer* tan bullicioso antes, quedó en un silencio que permitia oír los ecos de la orquesta, el crugido de las tablas que vibraban con los saltos de las bailarinas y el eco de los aplausos de que colmaban especialmente á Ema, quien celosa de otra compañera su rival, que tenia tambien no poco partido en las lunetas y con la cual y con un primer bailarín ejecutaba un paso nuevo de grande efecto, se esforzó de tal modo que mas que muger parecia aquella noche un ser aéreo que

vagaba por los aires, un blanco vapor que así tocaba fugazmente al tablado como se elevaba con velocidad hasta una altura admirable.

Este acto era el último del baile y por consiguiente permanecían mas tiempo en escena todos los ocupados en ella; así es que apenas aparecieron en la sala del espejo

hasta que concluyó la representación; momento de bullicio y de complicación en que los músicos se apresuran á depositar sus instrumentos, los operarios á apagar las luces, las bailarinas se desnudan (y cuente el lector las veces que han ejecutado la misma operacion en todo el dia) tomando el traje de calle; las silfides, las hadas se convier-



ten en criaturas terrenas y vulgares que arropadas en grandes mantones y asidas de sus maridos, tipo de complicadísima copia que dejamos á otra pluma, ó de sus madres, si es que no tienen otras personas de quienes asirse, emprenden el tránsito hasta su casa.

Aprovechando Federico el encuentro de Elisa con una familia conocida, voló en alas de su pasión y su deseo atravesando por entre las piernas de los lacayos dormidos en la estrecha escalera que conduce al interior del foro, tan á tiempo que en el momento en que levantaba el tapiz medio roto que cubre la puerta del pasillo á cuyo fin se encuentra el *foyer*, el conde de la Tormenta alargaba el brazo por el opuesto lado para alzar el propio tapiz y dar paso á Ema á quien con obstinación aunque infructuosamente había renovado sus obsequios. Esta para desvanecer el movimiento de celos que semejante encuentro produjo en Federico, le saludó con encantadora sonrisa y pasando su brazo por el de aquel llevó su amabilidad hasta el extremo de rogarle encarecidamente que la acompañara á cenar, invitación que fué aceptada sin que para ello fuera necesario mucho esfuerzo.

Ligero volaba el tiempo para Federico al lado de Ema á quien primero felicitaba por los triunfos que había conseguido aquella noche y á quien repetía despues sus juramentos de amor, cuando súbitamente se sintió un ruido extraño de voces mugeriles, de acentos coléricos que pronunciaban alternativamente las palabras de: «repite que no se puede.» «¡a digo á V. que entraré!» y abriéndose con estrépito la mampara, se presentó Elisa á los pasmados ojos de Ema y sobre todo de Federico. No causó tal sorpresa la sombra de Banquo en el *Macbeth* de Shakspeare, ni las apariciones de espectros en los bailes mas fantásticos producen tanto efecto, como la figura pálida y desencajada por la cólera, pero muy hermosa aun así, de la esposa de Federico. A este momento de sorpresa siguió una escena que no hubiera desperdiciado algun autor dramático y cuya parte pantomímica habria podido servir de modelo á un compositor de bailes. Corramos pues un denso velo sobre ella y demos licencia al lector para que se vaya á descansar que sobradamente hemos abusado de su condescendencia.

V.

Conclusion.

En la mañana del día siguiente se leía en las esquinas un cartel que anunciaba que por indisposicion repentina de la señora Ema se suspendia el baile nuevo que estaba anunciado para aquella noche.

En la misma mañana Elisa, vertiendo amargo llanto, tomaba posesion de la estancia de la casa paterna en que habian corrido sus mejores años y los dorados sueños de su infancia que le presentáran al ser ideal cuya copia creyó encontrar en Federico.

Este salia aquel dia para Italia.

En cuanto á Ema, repuesta de la incomodidad que la causó la escena de la víspera ensayaba un paso nuevo que debía producir grande efecto. Por la noche su doncella entraba en el gabinete diciendo:

—El Conde de la Tormenta pregunta si está V. visible.

—Que entre, que entre al momento.

El conde saludó afectuosamente á Ema que le dijo con suma amabilidad:

—¿Por qué se detiene V. cuando sabe debe considerar esta casa como suya?

Esto que dicho así no pasaba de un cumplimiento era mas cierto de lo que parecia; Ema se sentó en una butaca que habia junto á la chimenea, el Conde arrastró un sillón hasta colocarle á su lado, siendo lo mas extraño que á pesar de la escasa distancia que mediaba del uno al otro, hablaban tan bajo que ni la doncella que escuchaba en la pieza inmediata pudo satisfacer su curiosidad; bien es verdad que á fuer de cronistas exactos debemos decir que se quedó dormida, habiendo ya reemplazado á la luz artificial la desvanecida claridad del crepúsculo de la mañana cuando despertó sobresaltada al ruido que hizo un bulto que salia, y que si hubiéramos de dar crédito á sus turbados ojos, tenia mas de un punto de semejanza con el conde de la Tormenta.

R.

POESIA.

UN RECUERDO A STAMBUL.

Adios, ciudad encantada,
Cuyo cielo es de coral,
Por su luz siempre dorada;
Cuya mar es comparada
A un purísimo cristal!

Hoy te abandono, hechicera
De esas aguas cristalinas;
Porque una virgen me espera,
De la española ribera
En las azules colinas.

A bordo de un buque voy,
Y suspirando en la popa,
El último adios te doy:
Porque ya tocando estoy
La negra punta de Europa.

Adios, ciudad misteriosa;
La de la luna de estío,
En cuya luz deliciosa,
Halla el mortal desvarío
Ensueños siempre de rosa.

La de las nubes brillantes,
De púrpura, de oro, y grana:
¡La que engarza con diamantes,
De sus palacios gigantes
Las torres de porcelana!

La de los verdes sombríos,
Colgados de eternas hojas,
Esmaltados de cien frios,
A cuyos lamentos píos

Mezcla el aura sus congojas!

La de las mil enramadas,
Siempre vestidas de flores;
Siempre de cantos pobladas,
Con no aprendidas baladas
De músicos ruseñores.

La de los bosques secretos,
En cuyos anchos espacios
Se alzan al cielo, indiscretos,
Ya gigantes minaretos,
Ya colosales palacios.

La que el *Mar-negro* circunda;
La que *Galata* venera;
¡Pues con humildad profunda,
Hasta la tierra fecunda
Tiende su hermosa ribera!

La de las casas pintadas
De blanco y colores rojos;
Cuyas vidrieras rasgadas,
Cual mil estrellas quebradas
Causan hechizo á los ojos.

En fin, la flor peregrina
De aquel jardin oriental:
La concha del mar, divina;
La sirena que fascina
Su gran golfo de cristal!

La hechicera musulmana,
A quien sirven de capúz
Nubes de púrpura y grana;

Cuyo turbante, engalana
Luna entera con su luz.

¡Adios; por siempre te dejo,
Constantinopla querida;
Del claro sol vivo espejo:
De mi destino me quejo,
Pues me fuerza á la partida!

Que es tan dulce, en tu ribera
Mirar el golfo que baña
Tus ropajes, que si fuera
Esto posible, pudiera
Por tí, olvidarme de España!

Mas no : yo me cansaria
De tu alegre suelo, al cabo:
¡Qué es libre la patria mia,
Y yo vivir no sabia
En un pais que es esclavo!

Que me importa que se ostente
Con majestad infinita
Tu campo, y tu cielo, enfrente,
Si te desdora esa gente
Miserable que te habita!

Esos, que en torpes placeres
Y en vergonzosa quietud,
Esclavos, y mercaderes,
Trafican con las mugeres,
Con el oro y la virtud.

Esos, que entre ir y venir
Del cementerio al bazar,
Y á la plaza, hacen decir,
Que es su vida singular,
Vender, comprar y morir!

¡Adios! Hoy dejo tu orilla,
Sin pena en el corazon
Y alegre parto á Castilla;
Tierra que nunca mancilla
La infamia ni la traicion!

Ese silencio espantoso
Que hay en tus calles me asombra;
Y aun recuerdo temeroso,
Que al deslizarse medroso,
Cada turco es una sombra.

Los cementerios desiertos
En medio de la ciudad,
Dan, con sus muros abiertos,
En la mansion de los muertos
Eterna hospitalidad!

Por ningun sitio resuena
Otro rumor que alborote
La oscura noche, serena,
Que el ruido de la cadena,
O el estruendo del azote:

Alguna vez, dolorido

Se oye el grito de Muslin:
O un religioso tañido;
O el apagado sonido,
Del oriental bandolin.

Mas, son livianos rumores,
Que arrastran pronto las brisas,
O los vientos mugidores,
Que imitan vagos clamores,
Leves, satánicas risas.

Si cruzais el centro oscuro
De esa ciudad de topacio,
Junto á un muladar impuro,
Soñais que brota, á un conjuro,
Un diamantino palacio.

Y los raros monumentos,
De la antigüedad blasones
Y de la industria portentos,
En que estriban sus cimientos
Hoy, las modernas prisiones,

Os parecen que allí estan
Dando gloria al nuevo escombre:
Y no pocos juzgarán,
Los trajo allí un talisman,
De aquel pueblo para asombro!

De aquel pueblo, que turbado,
Mueve medrosa la planta;
Como el cobarde ganado,
Que de los lobos cercado,
Aun de su sombra se espanta!

Y es un rebaño, á fé mia,
Esa gente, que atropella
De un sultan la tiranía;
A la que un esclavo guia,
Y un genizaro degüella!

¡Adios! Con sumo placer,
De tí me aparto, Stambul:
Que mas no te quiero ver,
Aun cuando así he de perder
Tu golfo y tu cielo azul!

Y aun cuando ciña de estrella
El firmamento tu solio:
Ese serrallo, que hasta ellas
Levanta sus torres bellas,
De la infamia el capitolio,

Es suficiente á inspirar
Vergüenza de tu hermosura:
Y bastante á denigrar
A ti, sirena del mar,
Infame esclava é impura!

Al fin, de vista he perdido
Su monte mas encumbrado;
Ya para España he partido;

A Tanger me he dirigido,
Y ya en su tierra he saltado.

Pero nunca me olvidé
De tu hermosura, ¡ay de mí!
Y ya en mi patria, soñé
Que algo en tu suelo dejé,
Que algo me falta de til

Trás de un pintado cristal,
Como un contorno indeciso
Ví la sombra virginal
De un serafin inmortal
Que hallé en aquel paraiso!

Sus ojos me fascinaron;
Sus palabras me encendieron:
Sus ruegos me cautivaron,
Sus besos me asesinaron,
Sus caricias me perdieron!

Tres noches loco he vivido;
Las tres noches que en su seno,
Sin descansar, he dormido;
Como en un verjel florido
De amantes perfumes lleno:

Quizá tan dulce memoria
Me hace pensar en su playa
Y en su lastimera historia!
¡Muger, que fuiste mi gloria,
Tu amor infeliz bien haya!

Que aunque despues, á un haren
Tu amor por terror, vendiste,
Me idolatraste tambien;
Y siempre querré tu bien,
¡Ay!... por qué bien me quisiste!

Y tú, ciudad encantada,
Del oriental hemisferio:
Que solo has sido habitada
Por griegos del bajo imperio
O por turcos en manada:

Ya es fuerza los aniquiles
Y contra ellos te rebeles:
No manchen mas tus pensiles,
Ni esos esclavos tan viles
Ni déspotas tan crueles!

Que tu magnífico suelo,
Y tu hechicera ciudad,
Que arrulla el mar con desvelo,
Los guarda en herencia el cielo,
A un pueblo con libertad.

¡Ah! sí, es al mas generoso,
Capaz de mayor hazaña,
Yo espero, y fio orgulloso,
En que pais tan hermoso
Un dia, ha de ser de España.

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA

REVISTA DEL MES DE DICIEMBRE.

Escasos son los acontecimientos dignos de consignarse con que ha amenizado el año de 1846 su duodécimo mes; parece haberse esforzado tan solo en distinguirse por el exceso del frio, como no ha mucho tiempo se distinguió por lo superlativo del calor, contraste que con decir que regocija á los médicos, bastaria para conocer que no era del gusto de los legos en el arte de *curar*. Quienes principalmente deben haber experimentado todos los rigores del invierno son las personas que en uno ú otro concepto han representado el triste papel de agentes activos en las elecciones: aparte de lo poco apetitoso que es viajar en una estacion como la presente ¿quién diablos saca de su casa á un elector cuando el termómetro marca cuatro bajo cero, para llevarle á votar, especialmente si las autoridades por una equivocacion, ó considerando el ejercicio como regla de higiene han señalado para colegio electoral un punto veinte leguas distante del en que residen los que á él han de concurrir? Necesario es con efecto aguzar el ingenio y tocar todos los resortes para mover á la gente, en ocasiones semejantes en que los impulsos patrióticos y hasta las miras ambiciosas tienen que luchar con el rigor de los elementos. No han sido sin embargo

estos suficientes para arredrar á los partidos, que han hecho esfuerzos con mayor ó menor éxito á fin de estar representados en las próximas cortes; poco deben ya tardar estas en reunirse y realizar ó desvanecer las respectivas esperanzas de aquellos. No nos acordamos de ninguna otra materia de actualidad y de interés general que merezca la pena de referirse; pasemos á otra cosa.

Casi merecia el teatro del Circo que le diéramos de baja en la revista de este mes; solo una novedad ha ofrecido, si es que puede llamarse novedad la representacion de la ópera *Lucrecia Borgia*, en la que hizo su primera salida el bajo Mirall, siendo perfectamente recibido del público que le llamó á la escena al fin de su ária; tambien el señor Tamberlik dijo bien el *tercetto*; por lo demas la ejecucion fué poco feliz. *Juan de Padilla*, drama del señor Asquerino de igual género que la mayor parte de los de este autor, puesto en escena á beneficio de la señora Lamadrid; es con la pieza de que hablaremos despues la única funcion nueva que nos ha ofrecido el Príncipe desde la publicacion de nuestro último número. Sin espacio para hacernos cargo de las distintas maneras con que la critica ha tratado este drama y menos aun para formular

nuestra humilde opinion, que por otra parte no diferiria esencialmente de la manifestada por la prensa en general, diremos, limitándonos á la ejecucion, que la beneficiada desempeñó con grande acierto el papel de esposa de Padilla, que la interesante actriz doña Josefa Palma interpretó el carácter de la Reina doña Juana espresando con talento su cólera, su delirio y su pasion al recuerdo de su

esposo y que el señor Romea estuvo sumamente feliz; el público pidió su salida á la escena colmándole de aplausos. En el mismo teatro y á beneficio de la señora Matilde Diez, se ha puesto en escena la comedia de Lope de Vega *Si no vieran las mugeres!* Refundida en cinco actos por D. Manuel Breton de los Herreros. En esta ocasion puede prescindirse completamente de la pieza, tanto

CANTANTES CELEBRES.



vc.

(Retrato de Tamberlik.)

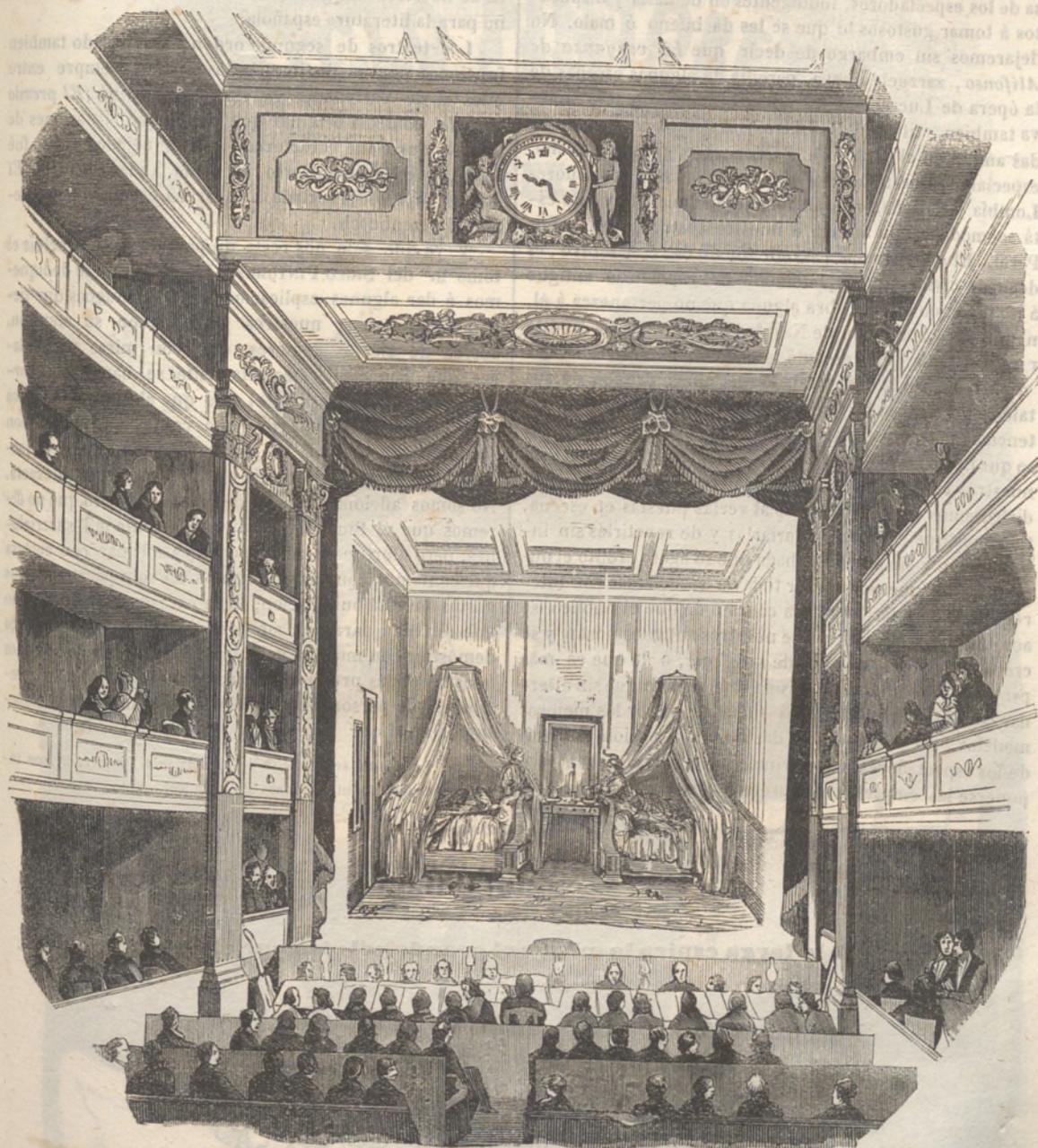
porque su argumento es bien conocido cuanto porque nada podria añadirse á lo que se ha dicho acerca de su mérito, para felicitar á la empresa por el lujo y esmero con que la ha puesto en escena y sobre todo para dar lugar á los elogios que por exagerados que pareciesen no serian sino merecidos, tratándose del desempeño por parte de la señora Diez y el señor Romea; el público los recompensó con entusiastas aplausos pidiendo su presentacion en la escena. Tambien fueron interpretados con el acierto que lo son siempre los papeles confiados á los artistas principales del teatro del Príncipe, la pieza nueva titulada *Por no esplicarse*, arreglada con mucho acierto

al teatro español por el señor Navarrete: ejecutáronla la señora Doña Matilde Diez, el señor Latorre y los señores D. Julian y D. Florencio Romea.

En la Cruz se han estrenado *Los mosqueteros de la Reina*, comedia en tres actos traducida por D. Gabino Tejado, que aunque de sencillo argumento, tiene situaciones de buen efecto é interesantes. No podemos hablar de este teatro sin lamentarnos de que le hayan invadido con trazas de no abandonarle los sueños de Mr. Macallister, prestidigitador, cuyos juegos de manos por muy bien ejecutados que sean nos parecen mas propios del café-salon-teatro etc. etc. de Cervantes destinado á los monos

sábios, animales prodigiosos, fenómenos y saltimbanquis ó de otro local por el estilo. Pero estos señores estan ahora en boga y en camino para apoderarse de todos los caños; díganlo sino el del Instituto, víctima de la fami-

lia americana y el del Museo invadido tambien por el señor Cervi, otro prestidigitador. A propósito del Museo, la empresa de este teatro ha quebrado para bien de él, y otra nueva ha llenado los carteles de ofertas que veremos si



(Embocadura del teatro de la Cruz.—Escena I de la pieza Un cuarto con dos camas.)

se cumplen; hasta ahora no hemos advertido variacion y no nos dá muy buena espina el que haya empezado anunciando como nueva la comedia *La Judia ó una revolucion á tiempo*, que no es otra que la traducida con el título de *Reveca* por el señor Peral; estas supercherias propias de compañías de la legua, no dan la idea mas ven-

tajosa de las reformas cacareadas por la nueva empresa; allá lo veremos.

Confesamos que aunque hubiera mediado menos tiempo que el de veinte y cuatro horas desde la Noche-Buena hasta el momento en que escribimos, nos arredraria la tarea de hacer una reseña de las funciones nuevas eje-

cutadas en los teatros de la corte; por fortuna para nosotros las piezas que desde tiempo inmemorial se disponen para tales noches carecen de importancia y no tienen generalmente otras pretensiones que las de provocar la risa de los espectadores, indulgentes en demasia y dispuestos á tomar gustosos lo que se les dá bueno ó malo. No dejaremos sin embargo de decir que *La venganza de Alifonso*, zarzuela nueva, parodia de algunas escenas de la ópera de Lucrecia Borgia y la pieza en un acto, nueva tambien, titulada *Un cuarto con dos camas*, ejecutadas ambas en el teatro de la Cruz, han gustado mucho, especialmente esta última que desempeñaron los señores Lombía y Caltañazor de una manera admirable y que está acomodada con acierto á nuestro teatro por el señor Peral. El del Príncipe pasande de un extremo á otro, es decir de olvidarse completamente del repertorio antiguo á no poner en escena obra alguna que no pertenezca á él, ni aun para la funcion de Navidad ha dado tregua á este nuevo sistema, pues escogió la comedia *Mari-Hernandez a gallega*, en la cual ha dado una nueva prueba de sus talentos artísticos la señora Doña Matilde Diez. Nosotros tenemos por perjudicial todo esclusivismo; así es que al paso que hemos sido de los primeros en desear que luzcan en nuestros coliseos las joyas del teatro antiguo, al paso que disfrutamos como el que mas al verlas puestas en escena, tememos que ese afán de variarlas y de repetirlas sin interrupcion y sin descanso, haga que se agote pronto el número de las que pueden ser todavía escuchadas con interés; lo cual es fácil que sea causa ó de que el público se acostumbre á las bellezas de nuestros antiguos poetas y se creen exigencias difíciles de satisfacer, ó lo que es mas probable, de que por la misma rapidez con que sin alternar con otras producciones se representan los mejores modelos, no puedan estos dar buena direccion al gusto de los espectadores, mira principal que parece deben proponerse las empresas al reproducir las obras de nuestro

teatro antiguo. Por lo menos es de recelar que el olvido completo de las composiciones modernas que naturalmente tienen mas relacion con la sociedad actual, produzca á su vez un olvido en la escena del abundante tesoro de nuestros antiguos poetas dramáticos con grave daño para la literatura española.

Los teatros de segundo orden han ofrecido tambien funciones nuevas distinguiéndose como siempre entre ellos el de Variedades en el que se estrenó *El premio grande!* comedia original que abunda en situaciones de interés, que tiene caracteres bien bosquejados y que fué ejecutada con sumo acierto, así como la pieza titulada *El Doctor Capirote* arreglada á la escena española por el señor Hartzenbusch.

Y ya que solo nos resta un párrafo para concluir el tomo 2.º del SIGLO PINTORESCO, justo es que le dediquemos á dar algunas esplicaciones á las personas que tienen á bien honrar nuestros trabajos con su atencion, acerca de ciertos rumores que con miras particulares que conocemos perfectamente se han hecho correr estos dias. Es pues el caso que algunos individuos han esparcido la voz de que cesaba la publicacion de nuestro periódico (1). Aseguramos á nuestros lectores que semejante especie es completamente inexacta. No somos aficionados á ponderaciones; por lo que no diremos que el SIGLO tiene quince ni veinte mil suscripciones, pero afortunadamente podemos afirmar con certeza que contamos con las suficientes no solo para cubrir los gastos de esta publicacion, nada escasos en verdad, sino que tambien para que sin pérdida de dinero, podamos demostrar con mejoras palpables, que no somos ingratos á las repetidas pruebas de aprecio que continuamente recibimos de personas cuya opinion nos lisongea y respetamos mucho.

A. F. DE LOS R.

(1) Lo mismo se ha dicho del *Semanario Pintoresco*, con intenciones igualmente dignas de agradecimiento.

JEROGLIFICOS.

SOLUCION DEL ANTRIOR.

A la corta ó á la larga espira lo mismo el grande y el rico que el pobre y el chico.

